

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI

San José, Costa Rica **1936** Jueves 20 de Febrero

Núm. 12

Año XVII — No. 748

SUMARIO

A propósito de la muerte de Bourget.....	Tomás Rueda Vargas	El eclecticismo en la Etica (2).....	Marcel Bonhomme
Paul Bourget y la novela psicológica de tesis.....	Enrique Fals-Alvarez	El vampiro.....	Rudyard Kipling
Cuatro sonetos exhumados.....	Augusto Arias	Tres poemas.....	Antonio Oliver Belmas
No dejemos que Costa Rica se convierta en factoría de mercaderes extranjeros.....	Juan del Camino	¡Así hablaba Lope...!	Joaquín de Luna
Tablero.....	Anibal Ponce	El maestro que perdió su libro.....	Luis Santullano
Romain Rolland o la agonía de una obstinada ilusión.....	Alberto Gerchunof	Comentario.....	B. Sanín Cano
Parágrafos sobre Barbuse.....	Pedro Mourlane Michelena	Noticia de Libros.....	
En la agonía del "mahatma" Gandhi.....		"¿A dónde va indoamérica?", por Haya de la Torre.....	Augusto Arias

A propósito de la muerte de Bourget

Por TOMAS RUEDA VARGAS

= De El Tiempo, Bogotá, Colombia.—Enero 12 de 1936. =

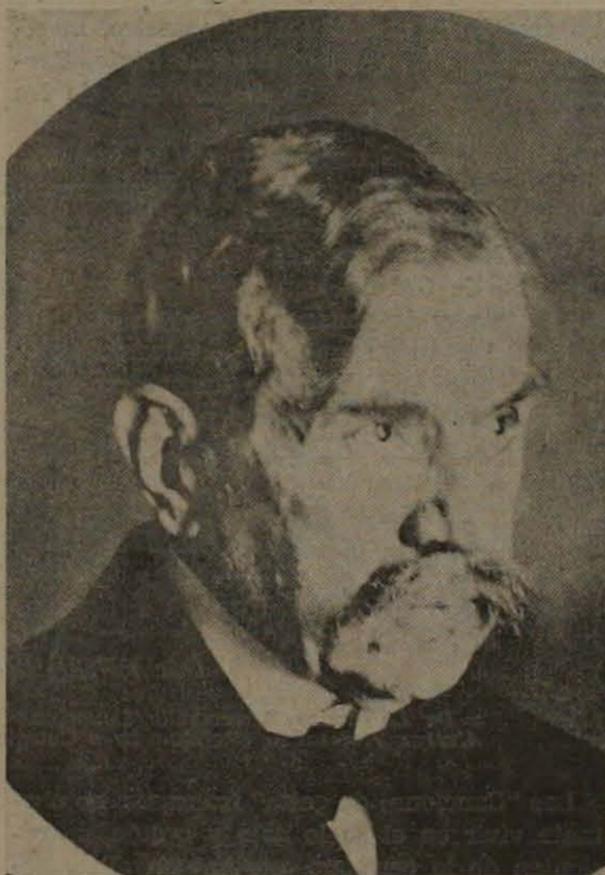
La Calle 12, en la cuadra comprendida entre las calles Real y de Florián, ha sido desde hace muchos años una calle dedicada a uno comercio tranquilo. Las librerías le han comunicado cierto aire interesante y un ambiente de remanso. Hacia las doce, y luego de cinco a seis de la tarde, estaréis seguros de encontrar por allí cuantos aficionados a las letras habitan en Bogotá, que pasan de una a otra librería en busca de su revista favorita, del libro fresco llegado por el último correo y forman grupos de animada tertulia en las trastiendas, en torno de las mesas atestadas de libros.

Lugar preferido de cita de políticos y letrados fue la Librería Nueva de Jorge Roa allá por los años de 1892 a 1900. La frecuentábamos mucho, en busca de la **Biblioteca Popular**, los estudiantes de entonces.

Creo que los colombianos no nos hemos dado cuenta cabal de la magnitud de los servicios prestados por don Jorge Roa a la cultura nacional con la fundación y sostenimiento de aquella publicación, en que con tacto e inteligencia hizo una selección admirable de las obras maestras extranjeras y de lo mejor de nuestra producción nacional. El prólogo de cada entrega, escrito por Roa o por alguno de sus contertulios, Martínez Silva José Mamacho Carrizosa, José Asunción Silva, Laureano García Ortiz, Carlos Eduardo Coronado, era una corta y perfecta noticia biográfica y literaria, del autor cuya obra se reproducía, noticia hecha siempre, no con el fin de lucirse quien la escribía, sino con el más desinteresado y alto de enterar al lector de lo que se trataba y escrito siempre con tan acabada perfección que servía de enseñanza y modelos a un lector tan necesitado de alimento intelectual como lo era el de aquellos tiempos en que se carecía de los medios modernos de información general, y parecía rota la tradición de cultura literaria en que tan intensamente habían trabajado los espíritus en la época federal.

Sin exageración puede decirse que la **Biblioteca Popular** hizo una labor de divulgación literaria mucho más metódica y por tanto más eficaz y duradera que la que, con medios tan perfectos como el radio y tan generalizados como las conferencias, se intenta hoy.

Presidía y encaminaba aquel trabajo un hombre entusiasta e ilustrado que se proponía una obra concreta definida. Lo que



Paul Bourget
(1852-1935)

se gana ahora en extensión se ha perdido en atención de los muchachos; reclamada por multitud de objetos, acaba por fijarse en ninguno.

Mi asiduidad para concurrir a la Librería Nueva, captóme al fin la confianza de don Juan, hermano de don Jorge, que administraba el almacén, y vine a ser admitido del lado de adentro del mostrador, pudiendo manosear los libros, privilegio que también alcanzó Jorge Gómez Posada por idénticas razones. Los días de llegada de correo de encomiendas eran los mejores. Llenábase todo de paquetes olorosos a papel viajado, a tinta fresca, y nosotros íbamos cortando pitas y abriendo con afán de ver el contenido. Con especial emoción veíamos aparecer las tapas amarillas de los libros editados por Alphonse Lemerre, con su hombre aquel que trabaja la tierra con una larga pala, y encima el lema latino, "Fac et Spera". France, Loti, Faguet, Lemaitre, Daudet, Bourget. Sobre todo Bourget, que llegó a ser nuestro preferido.

Cruel Enigma, Mensonges, Terre Promise, Andres Cornelis, Cosmopolis, Le disciple, y tantas otras novelas. La novela de tesis y análisis psicológico constituyó la especialidad de Paul Bourget. Aplica el escarpelo hasta fatigar; pero entonces era una novedad, y a nosotros no nos fatigaba porque sus personajes, sus situaciones se habían apoderado de nosotros, nos habían calado hasta los huesos. Y nos entregábamos con frenesí al análisis. A diferencia de los autores románticos que inspiraban en los lectores el deseo vehemente de parecerse a los héroes de la novela, el libro de análisis nos producía la comoción de convertir a los seres que nos rodeaban en enfermos de hospital para experimentar, para escarbar, para escudriñar. ¡Ay! del pobre diablo que nos quedara en frente en un carro del tranvía, al lado en la butaca del teatro, a nuestro alcance en una visita, en un baile, en cualquier parte. Qué de suposiciones, de conjeturas, de castillos levantados sobre su personalidad, sus antecedentes, sus intenciones. Pero, en las novelas de nuestro autor, el eterno femenino era lo principal. Las buenas muchachas de entonces tenían gustos sencillos y objetivos definidos. Les gustaba vestirse (cosa incomprensible para las chicas de hoy), pero evidente, vestirse bien, quiero decir; les gustaba bailar, asistir a reuniones, rezar, hacer labor, uno que otro plato de cocina, que viniera en el año una compañía de teatro y, como a las de hoy, de ayer y de mañana, casarse. Y para casarse había que enamorarse, y el amor como siempre era el centro de todo lo demás, el objetivo verdadero de esas vidas que no pocas veces supieron consumirse bellamente en el recuerdo de un grande y único amor. ¿Leían? Me preguntaba hace días una "damita" precoz. Sí leían, y mucho; lo que hay es que no leían de todo. Leían y sobre todo sabían más que las muchachas de ahora.

En reciente nota de Emilia Pardo Umaná —uno de los pocos escritores de vocación y estilo con que cuenta la nueva generación— se habla de la influencia ejercida por Bourget sobre las mujeres bogotanas. Evidentemente se produjo esa influencia sobre las jóvenes de este siglo, que gozaron de mayor libertad para leerlo; las del fin del novecientos solamente le conocieron a través de los ensayos casi siempre pedantescos y no siempre inofensivos de los novios.

Porque fue de una manera implacable como nos apoderamos, o creímos apoderarnos, del alma femenina. Una visita inocente y agradable se convirtió para nosotros en una sesión de anfiteatro. Embozados en capa de indiferencia elegante y mundana, detectives en trance de batida, espiábamos hasta los menores movimientos, las más sencillas expresiones de las pobres muchachas que caían bajo el frío bisturí de nuestra psicología. El atavismo nos preocupó terriblemente, y casi no hubo antecedente de familia que no fuera estudiado y puesto al sol por nuestra crítica implacable. El yo, el segundo yo, el subconsciente, la anatomía de la voluntad, la fisiología del amor, y otras mil cosas aparecían en nuestra conversación en los momentos más inoportunos, quizá cuando la niña pensaba decir: "hable con mi mamá", o esperaba que el petrímètre le preguntara dónde y a qué hora se verían al día siguiente.

Convertidas en esqueleto quedaban las pobres niñas después de aplicarles nuestra radiografía siquica. Cuántas perecieron así víctimas de nuestra manía bourgetiana.

Pero debo repetirlo, las señoritas de nuestra época primaveral no sufrieron sino en muy raros casos la influencia directa de Bourget. Ellas vinieron a leerlo después de casadas, sin peligro y sin sorpresa, no tanto por lo que la vida hubiera alcanzado a madurarlas, cuanto por el lastre que llevaban muchas de ellas, derivado de hogares más sencillos que los modernos, y de una instrucción más sólida que la actual, que creaba en ellas gustos sanos y un criterio más personal e independiente. Porque niego y contradigo aquí la especie que audazmente se ha difundido, consistente en aseverar que la educación de la mujer en la última mitad del siglo pasado fué regida a base de hipocresía y consistió apenas en enseñarles a remendar ropa y a resignarse.

Me asalta ahora, con motivo de la muerte de Paul Bourget, la curiosidad de saber cuántos de los que constituimos el estado mayor de sus devotos, seríamos capaces de releer hoy sus obras y qué impresión nos causarían ellas. Hace algunos meses, en una de esas horas de biblioteca en que fluctuamos entre el preciso deseo de no hacer nada, y la vaga intención de no caer en aquello tan discutible que hemos convenido en llamar pérdida de tiempo, estiré la mano, y sin mirar, tomé del estante más cercano un libro. Resultó ser "Un Crime D'Amour", la primera novela de Bourget que había leído en mi juventud. No sin emoción principé a ojearla; presto topé con las señales marginales que mi lápiz de estudiante había trazado nerviosamente. Imposible encontrar nada más insignificante, y hasta absurdo que los párrafos que despertaron mi entusiasmo de adolescente. Itenté releer en firme la novela. Mucho menos. Me resultaba pesadísima. Sublevado contra mí mismo, resolví ponerme sitio, y al efecto llevé como única provisión intelectual en mi maleta de viajero "Le disciple", que había sido mi favorito. Y me encerré con él en una quinta por los lados de Apulo. Me fatigó horriblemente, y tuve que cambiarlo en el hotel con un amigo, por dos libros recientes: uno de Madariaga sobre España y el San Miguel de Axel Muthe. Ambos me supieron a gloria, y pude comprobar que no había perdido el gusto por la lectura.

Con la literatura pasa exactamente lo que con los trajes; las modas de hace vein-

te, de hace treinta años nos hacen reír, nos parecen cómicas, y sería el más ridículo de los disfrazados quien usara hoy un vestido, un sombrero de los primeros veinte años de este siglo; en cambio las modas del xix nos parecen encantadoras, y en una u otra forma, procuran modistas y artistas su resurrección. En la literatura, acontece lo mismo, Balzac y Dickens están al día. ¿Quién se atreve hoy a hablar de Anatole France, a citarlo en un escrito? ¿Será la muerte de nuestros autores, o apenas un eclipse pasajero? Difícil saberlo.

Me atrevería sin embargo a afirmar que la gran novela de Bourget está definitivamente sepultada. Sus personajes carecen de vida. ¿Recuerda alguien el nombre de alguna de sus mujeres, de uno solo de sus hombres? Aun las personas que no han leído jamás a Balzac saben por ejemplo quién era el avaro Grandet. Ni una noticia de primer grado ignora quién era madamme Bovary. En cambio ni el mayor adepto de Bourget nos puede decir quién era Armando de Querne. Helena Chazel, Alba Steno o cualquiera de las creaciones artificiales del maestro, ni siquiera Roberto Greslau, Adriano Sixto, Carlota de Jussat viven en la memoria de los contemporáneos.

Es porque Bourget presenta la humanidad desmontada en piezas, y al lector no le gusta el trabajo de volverla a armar, en tanto que los escritores del tipo de Balzac, de Dickens, de Galdós, la forman de donde la encuentran y la ponen a andar por las páginas del libro de modo que el lector de tipo corriente, que es el que da y quita fama a los autores, queda desde el primer momen-

to cogido en el movimiento de la obra, y sigue viviéndola con su propio vivir, sin que necesite distraer su mente de lo cotidiano para ponerse a seguir al autor en el análisis sutil de argumentos y pasiones.

Bourget con esto, y por esto mismo, conservará un grupo de fieles entusiastas y escogidos, pero su popularidad bien mermada ya en el día de su muerte, no podrá resistir la competencia de escritores menos literarios pero más humanos.

De su obra que tocó los sectores de las letras: —el verso, la novela, la crítica, el teatro— quedarán, en mi pobre opinión, como saldo definitivo y permanente a su favor, sus ensayos. Serán buscados siempre, saboreados con deleite, apreciados por las gentes de buen gusto, sus ensayos críticos sobre escritores, sus apreciaciones sobre problemas de estética, sus impresiones de viaje, sus sensaciones de la naturaleza y el arte.

Quedará el ejemplo de su consagración absoluta a la carrera de las letras, de su existencia de intelectual, su integridad moral, su valor y su constancia para llevar adelante sus ideas y servir con ellas a su patria y a la humanidad.

Conversaba yo estas cosas con una señora de mi tiempo, lectora asidua de Bourget, que tomaba su defensa delante de algunos reparos míos, a los cuales respondió con esta apreciación exacta: "Sea lo que fuere, lo que hay es que con Bourget se murió nuestra juventud". Y esto es la verdad, esto lo que yo quería decir y no podía en estas largas líneas, que si no son todas de admiración por la obra, si lo son de cariño por el hombre que la escribió.

Paul Bourget y la novela psicológica de tesis

Por ENRIQUE FALS-ALVAREZ

— De *La Prensa*. Barranquilla, Colombia.— Envío del Dr. E. Rodríguez D. Es el Sr. Fals-Alvarez. Profesor de Literatura en el Colegio Americano para Varones de Barranquilla, —

Las "Canciones de gesta" francesas, no obstante vivir en el suelo galo y bretón, se resienten de lo germano que hay en ellas. Estos poemas épicos logran enhebrarse a la vértebra del país, y hacen furor entre los lemusinos regando por aquellas regiones, no obstante, la armoniosa lengua de oil. El sentimiento nacional, pues, se enorgullece con lo propio, y se olvidan muy pronto de lo guerrero, porque esto fué inspirado y cantado por los pueblos invasores de aquellas edades: el celta y el germano al fin ocupan sus propios lugares, como señalando rasgos étnicos característicos de aquella parte de la Europa occidental.

La Edad Media—estudiando aún más en el corazón de los literatos de Francia—marca su predominio hasta desaparecer la austeridad de aquella época, viniendo luego el Renacimiento: La forma rígida, casi inmóvil, sin sabor de tierra y sin perfumes de selvas naturales, no es propio del genio de la lengua francesa, como no lo es de todas las neolatinas. Razón tuvieron los que en España se entregaron a una lucha sin igual durante la mitad del siglo xvii y todo el xviii, por mantener la espontaneidad y alejar lo neoclásico. Jamás olvidaremos a unos y a otros: a Castillejo, a Boscán, a Cervantes y a Lope de Vega.

Cualquiera que haya, pues, meditado en la

literatura del país de Victor Hugo, podrá notar que sus letras modernas carecen de métrica, como también que desde hace no menos de dos siglos no existe en Francia la verdadera poesía lírica.

Todos los países se enorgullecen de tal poesía. Sin embargo, en el siglo xviii se producen algunas sueltas, coplas encantadoras por lo satíricas ya contra la corte, ya contra el clero, y era porque en el siglo xii al xiv los del pueblo de Francia independientemente de los de Provenza, se enriquecieron con lo popular, con lo voluntario y natural, cantándole a las flores, al campo, a la vida, a las glorias y proezas. Por eso, cuando los galos se dedicaron a lisonjear a la corte con odas e himnos, perdió su espontaneidad y su belleza: En Molière, en pleno siglo xviii, vuelve a vivirse el galo del siglo xvii, alma llena del ser y pensamiento franceses. Por eso admiro yo tanto a la Rochefoucault. Así, hoy encontramos que la pura retórica, la falsedad y lo jamás no sentido, predominan en aquellos cantos, alejándose el hechizo de lo puramente lírico, excusando un poco a Baudelaire y a Alfredo de Musset.

Justo es que se pase por alto lo que sigue a estas evoluciones de la poesía francesa, y se llegue a la prosa, para tocar de cerca al

gran novelista Paul Bourget, muerto recientemente.

La composición del relato, el pensamiento novelístico, en fin, ha cambiado notablemente en el mundo de las letras. Hoy, se quiere estudiar de cerca al hombre para averiguarle su estado de alma, sus enfermedades hasta llegar a conocerle taras biológicas. Por eso la psicología en manos de los cuentistas y de los narradores ha sido un aporte más a la investigación. Ellos, son y tienen que ser primero completos psiquiatras. En estos momentos, la vida y sus acciones es lo que preocupa al escritor. Y una obra de imaginación sin este nuevo estudio, perdería casi todo el encanto y su valor didáctico. Ese ha sido el éxito de Paul Bourget. Caminando en las sensaciones, en las inquietudes del espíritu, él va estudiando la vida hasta acercárnosla completa dentro de una armazón de cláusulas, de capítulos y de volúmenes.

Balzac, Zola y Paul Bourget son, por así decirlo, los representantes del simbolismo y del naturalismo en la novela francesa: del simbolismo, porque los personajes que se mueven no son sino una alegoría, una representación analógica de lo actuado en la vida; y del naturalismo, porque ellos describen, narran, retratan literalmente lo observado. El período alegórico y naturalista no ha muerto con Mallarmé, y con Huysmans, y con Balzac, y con Maupassant, y con Daudet. Ha continuado su vivir con Barrés, France, Maurras, Lemaitre y sobre todo con Zola y Paul Bourget. El autor de "Los Dioses tienen sed"—uno de los más discutidos y brillantes escritores de Francia—no podrá desdenar una de las cláusulas de Paul Bourget en su "Psicología del Amor moderno" y uno de sus versos en su "La Vie inquiète".

La escuela de Médan, pues, ha triunfado en parte, que no es exactamente empirismo. Un núcleo de verdades científicas, de observaciones freudianas ha venido a robustecer lo que en los años de Renán y de Claude Bernard se insinuaba como meras inquietudes simplistas.

Este novelista de la aristocracia francesa, Paul Bourget, toma en alto sus temas y los presenta concluyentes, pero llenos de vida, en el que se ve palpitar el alma de los hombres. Así lo podemos apreciar en **Andrés Cornelis**, la que él mismo dice haber cincelado y estudiado mucho, y la cual dedica a Hipólito Taine. Esta obra, es una de las analíticas de Bourget, y por lo mismo no se ha alejado de la novela psicológica de tesis, que ha sido siempre la obsesión y el triunfo del gran escritor francés: André Cornelis, busca el asesino de su padre. Se acerca a Dios y blasfema. Y es aquí en donde se prueba que esta novela pertenece a la primera época de la vida literaria de Bourget, al analista, al pictórico, al captador de los placeres, de los problemas y vicios de la sociedad elevada y rica:

"Locas oraciones! Hay, por ventura, un Dios, un bien, un mal, una justicia? Nada, nada, nada, nada. No hay más que un destino implacable que pesa sobre la raza humana, inicuo, absurdo, distribuyendo al azar el dolor y la alegría. Un Dios que dice "no matarás" a aquel a quien han matado a su padre? No; no lo creo. No; el infierno estaría ahí abierto, que respondería: "Ha hecho bien", y no me arrepentiría".

En cambio, **Némesis**,—la que he leído dos veces por parecerme interesante—es un drama amoroso, y es al mismo tiempo una lección de moralidad y de filosofía social, no sólo porque lo diga Blasco Ibáñez.

Es innegable, que la estatua de Némesis es aquí un símbolo, y representa, con su mano sobre los labios, el gesto de todo humano en recibir los dolores y placeres con un algo de estoicismo y dignidad:

"Erguida así sobre este pedestal y dándole la luz de lado, la diosa apareció más amenazadora todavía que por la mañana y casi terrible con una de sus manos colocada delante de la boca para ordenar al hombre silencio en la alegría y en el dolor. Había una autoridad imperiosa en el ademán con que la otra mano presentaba el "codo", cándido símbolo de la medida impuesta a toda energía, a todo destino. Aunque de dimensiones reducidas, desde la altura de su zócalo enhiesto, tenía un aire de grandeza tan imponente como hubiera podido ser el de su colosal hermana de Rhamnunte, descrita por Pausanias en su itinerario, con su corona de ciervos y de pequeñas victorias, y su bajorrelieve donde se veía a Leda conduciendo a Helena a presencia de Némesis, "porque, según opinión de la gente—añade Pausanias—Némesis era la madre de Helena y Leda su nodriza".

Esta obra, con **Andrés Cornelis**, **La etapa** y **El discípulo** son las principales con las que se podría enorgullecer cualquier escritor de hoy que ha visto brillar su nombre.

Con **La etapa**, se vuelve Bourget menos popular, es cierto, pero sí que cuadra bien su tesis de moral, no dejando, como en las anteriores, entrever sus enseñanzas sino que siente impaciencia porque el lector se las compenetre:

"...Estas no llegan sino por etapas. Tu abuelo y tu padre han creído, así como el país entero desde hace cien años, que se puede saltar la etapa. Pero no se puede. Han

creído en el gran poder del mérito personal. Este mérito no es fecundo ni bienhechor sino cuando es familiar".

Y más adelante sienta la verdad científica de que:

"La naturaleza, más fuerte que la utopía, y que no consiente que se marche contra sus leyes, obliga a todas las familias que pretenden forzarla, a hacer en el sufrimiento esa etapa que no hicieron en salud".

Y casi al finalizar la obra, trata del estado humano, y dice:

"Es otra de las leyes profundas de la Naturaleza Social".

Hay un caso singular en la vida novelística de Bourget, y es justo que se haga referencia en este artículo dedicado a su grata memoria.

La historia literaria francesa oculta un poco el que Zola hubiera sido al fin repudiado por el gusto de la época y que Daudet, aun cuando gozaba del atenuante de ser un naturalista afable y cordial, no fué menos atacado que el satánico Huysmans. Y exactamente cuando se cernía el hastío y se bostezaba ya al leer aquellas producciones carentes de vida, de emotividades y movimientos interiores, aparece **El discípulo** de Paul Bourget en 1889, con todo un estudio del alma y atacando la ciencia representada en Renán, Taine y Claudio Bernard, no hay duda approaching lo propicio del momento. Y fué un éxito, puesto que en las páginas de aquel flagelo anticientifista se apreciaba ahora lo anunciado por Bourget, al declarar que se volvería la mirada a la novela de pensamiento cuando esa tuviera en su tesis un gran fondo de psicología. Y esa fórmula que creó el gran Bourget, ha sido recogida hoy en el mundo, especialmente por Mauricio Barrés.

Cuatro sonetos exhumados

Por AUGUSTO ARIAS

= Envío del autor. — Quito, Ecuador. Febrero del 36. =

El ruego profano

Eras cirio de altar. Tu llama la palabra inaccesible al soplo. El cirio te perfila La abeja de tu alma la cera limpia labra y tu voz, como llama, es luz en la pupila.

Para el retablo cándido flores de terciopelo. Pero la imagen pura no estaba en el retablo. Era Diana en los bosques milagrosos del cielo y su flecha era llama en la entraña del diablo.

Arcángel condenado por tus místicas manos, como a Juan Ruiz me atraen los caminos humanos

y de su trigo dulce hago pan de mi hostiario.

Que te cante Berceo como a Santa María. Mas que tu cera virgen tu abeja buscaría, dejando a tu ángel terco dormido en el almario.

Velada

Tiene el anhelo de las altas horas la urgencia de la vida que resbala o que se baña en claridad de auroras con la voluble languidez de un ala.

Por la sonrisa se hacen insonoras nuestras veladas en la antigua sala. Por las airosas plantas trepadoras tiene un bajo dolor la hierba mala.

Discreción de murientes reverencias, ponzoña en que se nutren nuestras ciencias. Es tu abalorio un eslabón de ruegos

y un granate el pesar de tu elegancia. Sólo viene en el aire la fragancia de tu jardín: el parque de los ciegos.

Trébol

Si en el ancho camino no te espera mas que un gris divagar y un tono tardo, no hay que envidiar la ajena primavera ni la estética vida de Leonardo.

No te hará mal la vida postrimera si hay que morir en un olor de bardo, con seco corazón de adormidera y adornado con pétalos de nardo.

No hay alma buena ni desdén posible, sólo el carácter vuélvese invencible y no es mejor el trébol que la cruz.

Trifolia insignia, marca del camino. Palacio de cristal adamantino. Morada de Teresa de Jesús.

Propósito fugaz

Para su rostro de perfil egipcio no ha de buscar el madrigal reflejo, Ha de sentir el pávido suplicio firme y sin sombra del humilde espejo.

No sé quien pueda de su gracia entera fijar la inquieta, la elegante huella. ¿Será el soneto, el madrigal? ¡Quién fuera para eclipsar sus ojos una estrella!

El soneto imposible a vuestras manos sería vuelo de lirios hermanos. Pero la flor escultural se olvida

en el vaso prismado del terceto. Propósito fugaz el del soneto como la torre esbelta y abolida.

No dejemos que Costa Rica se convierta en factoría de mercaderes extranjeros

Por JUAN DEL CAMINO

— Colaboración.— Costa Rica y febrero del 36. —

Aquellos cuidados del gobernante Licurgo disponiendo "que se mandara salir a los extranjeros que sin objeto útil se fuesen introduciendo en la ciudad.....para que no fuesen maestros de algún vicio" son de hondo sentido previsor y lo revelan cuando se meditan acabados de pasar sucesos en que la extranjería ha contaminado el ambiente de un país de vicios atroces. Para la extranjería que se organiza y participa en las luchas de carácter social y político con el ánimo de imponer al hombre de su preferencia, el suelo en donde esa extranjería vive y medra es sencillamente la factoría. Vislumbra algún peligro su ojo de lince y ya está activa volcando caudales para poner cerco de oro a la jugosa factoría. Sólo esta condición miserable da preeminencia en los pueblos a la extranjería.

En nuestra América los imperia-ismos se disputan cada uno su sector geográfico y las extranjerías son las ejecutoras de los mandatos de conquista. Difundamos conceptos profundos de un diario colombiano (*El Tiempo*, 19 diciembre de 1935) porque han de correr de un confín a otro de este Continente despertando la vigilancia que hace falta por haberla matado la extranjería. "Las dictaduras americanas — es la cita — suelen tener grandes defensores en ciertos países ultramarinos. Esas dictaduras dan no sólo garantías sino privilegios al trabajo extranjero; facilitan las concesiones; manteniendo inexorablemente el orden, permiten la tranquila explotación de las riquezas naturales. ¿Qué pueden importar a esos extranjeros la vida civil, las libertades, las ambiciones y anhelos de un pueblo que se siente esclavo en su tierra? Las dictaduras son el régimen ideal para las factorías, pero en ellas se asfixia el espíritu, se deprime el carácter y se mustia esa cosa impalpable, y que en definitiva es la única importante, que se llama alma nacional, agobiada por todas las desventuras y todos los males de la prisión, del silencio forzado, de la falta de libertades y de derechos. Régimen funesto para América, que necesita más que de riquezas de hombres, más que de maquinaria extranjera de ideas propias, más que de un orden impuesto por la tiranía de una actividad fecunda al amparo de la libertad democrá-



El olmo que dió peras

Madera de Emilia Prieto

tica. Mucho se ha hablado de los males de la América convulsiva; peor que su estruendo trágico nos parece un silencio medroso, impuesto por los machetes de los caudillos, y preñado de futuras catástrofes. La acusación es tremenda y nadie que siga en su propio país sucesos políticos y sociales en que la extranjería haya capitaneado, dejará de alarmarse. Alarma porque la extranjería carece de arraigo en un país y al considerarlo simplemente el medio de extraer de él riquezas para acumularlas dentro o fuera de ese país, afirma que fuera de la explotación miserable nada puede importarle. Y se liga con el criollo en quien adivina blandura para imponerle el resguardo fiero de la quietud que proclama toda explotación, nacional o forastera, como base del progreso de los pueblos. Quietud, es decir, muerte del régimen de opinión que es el que mantiene vigilantes y en ánimo de lucha a los pueblos. Para obtener con-

cesiones la extranjería necesita que nadie las adverse y que por el contrario salgan sus defensores y promotores y digan noche y día que sin el capital de la extranjería no viven y progresan las naciones. Con la quietud consigue la extranjería esto y más.

Por eso en las épocas de actividad electoral aparece organizada, compacta, unisona la extranjería si ha visto el menor peligro de que un cambio de hombres en el Gobierno de un país pueda complicarle la explotación que es conquista de sus habilidades y osadías. Y cuando por primera vez le toca a un pueblo presenciar los movimientos agresivos de esa extranjería, debe meditar en las observaciones agudísimas del comentarista colombiano. La extranjería dueña de grandes industrias, de grandes comercios, de inmensos latifundios siente que ha llegado la hora de no dejar disminuir los copiosos rendimientos presentes ni frustrarse

los futuros. Es decir, siente que con sus dineros, haciendo sentir que con sus dineros transformaba el destino de una nación, llegó a crear la factoría. Vive ya de esa factoría y la riqueza acumulada tiene que defenderse y ayudar a que la factoría no vacile. Nace entonces en la extranjería el ímpetu con que participa en la constitución del gobierno de un pueblo. Es un ímpetu ciego manifestado principalmente en donaciones de dinero para las campañas electorales. De la factoría ha extraído tesoros esa extranjería. Pues también da tesoros cuando el miedo la acobarda y la hace ver en un futuro inmediato la lucha de hombres que quieren liberarse. Salen los dineros y con ellos el designio funesto de ligarse con el criollo que prometa ser fiel a la defensa de la factoría.

Mal inmenso el de la extranjería metida en las luchas políticas y sociales de un pueblo para no dejarse arrebatada la factoría o para afianzarla. Solo el descastado puede ser indiferente al suceso. Nunca compromete sus intereses la extranjería en luchas pequeñas. Sólo cuando ha culminado el cálculo en un resultado seguro y no tiene por delante poder que modere suelta osadía y descaro y se incorpora a la pelea. ¿Quién no la ha visto en cualquiera de estos pueblos? El comentario del diario colombiano nace de los sucesos de Venezuela a la muerte del satánico Gómez. Veinte y seis años tiranizó ese monstruo a quien la extranjería halagó y le sirvió de rodillas mientras lo usó como instrumento para crecer ella y hacer de Venezuela factoría de confines inmensos. Para Gómez llegaron de todas partes los honores más altos. La extranjería que vivía cómodamente explotando todas las riquezas de Venezuela pedía en su país honores para el tirano. Y jamás negaron gobiernos ni corporaciones lo que la extranjería pedía. Sabían que Venezuela daba rendimientos porque el monstruo mantenía la quietud propicia a la factoría. Y mientras hubiera quietud habrían concesiones de tierras, de aguas, de subsuelo, de aire, de industrias, de comercio para el bienestar de la extranjería. Y con este bienestar también el de Gobiernos y corporaciones conectados con la extranjería. De esta suerte la red fué creciendo y cada interés metido en ella alentaba a Gómez para

que con su férrea mano hiciera permanente la quietud. Ese hombre debió su poderío a factores entre los cuales el más funesto es el de la extranjería. El comentador colombiano lo dice muy bien: ¿Qué pueden importar a esos extranjeros la vida civil, las libertades, las ambiciones y anhelos de un pueblo que se siente esclavo en su tierra?

Venezuela es el espejo de lo que ocurre a los pueblos que por indiferencia o por vileza dejan que la extranjería tome el mando de los sucesos políticos y sociales. Es espejo que hay que mirar para sacar motivos de meditación. Y tratar luego de emprender severa campaña contra la extranjería desalmada que busca al hombre blanducho a sus apetitos para exaltarlo y convertirlo en instrumento de humillación del nacional que se enfrenta al concepto de factoría

que esa extranjería tiene de estos pueblos. Venezuela sufrió el largo despotismo y hay allí mucho dolor que debe crear conciencia. Si sólo el hecho de ver a gente en su mayor parte sin cultura, aldeanos los más, esa gente que forma la extranjería, disponiendo de un país como si fuera la finca o el comercio de sus patrimonios, es ya motivo de desolación.

No. Reaccionemos contra males que han de quebrantar nuestras libertades. Y reaccionemos cuando los hemos visto aparecer en nuestro propio suelo y sabemos ya cuanto ha sido el retroceso a que han llevado a otros pueblos. No es posible engañarse para justificar la intervención de la extranjería en negocios de orden político y social que están fuera de la intromisión de toda extranjería. Sabemos bien que se entromete tan decisivamente sólo para conquistar la preemi-

nencia que le permita defender la factoría. Y la defensa tiene que hacerla alentando en el hombre a quien dió ayuda todos los instintos tiránicos. Porque la factoría es la esclavización perfecta, es la categoría política que solo se defiende apelando a sumir a los pueblos en el silencio de los sepulcros. Mientras nadie tenga libertad de decir lo que la extranjería está pesando en los destinos de una nación las concesiones se sucederán y lenta o precipitadamente pierden sus habitantes independencia y pasan a la condición de esclavos. Cuando los Gobiernos adquieren compromisos con las extranjerías que han puesto sus influencias económicas o políticas para resolver triunfos electorales, tienen fatalmente que ser dádivosos con ellas. Las dádivas son lo horrible para la vida decorosa de los pueblos. Se llevan cuanto puede traducirse en bienestar

colectivo. Son toneles sin fondo las extranjerías metidas a electoras y a sostenedoras de regímenes de fuerza. Por cada ayuda prestada con eficacia exigen la entrega de reservas que en poder de ellas convierten en factoría miserable a las naciones.

No se ilusione el corto de vista que espera redenciones de gobiernos que han tenido que apoyarse en el pie de amigo de la extranjería. Antes que complacer al ilusionado que sólo dió un poquillo de entusiasmo precisa contentar y llenar la voracidad de la extranjería. Y ese contento es inagotable. No es con una concesión, no es con una exención de poca monta con lo que la extranjería moldeadora de la factoría queda satisfecha. Sus fauces son enormes y por ellas baja la vida entera de un pueblo.

Tablero

(1936)

Correspondencia

Hernán G. Peralta saluda a su amigo don Joaquín, y le ofrece, conforme a sus posibilidades, cualquier ayuda mensual para **Repertorio**, si es el caso de que la revista peligre en su salida semanal por la determinación de separar de la Biblioteca a su distinguido y culto Director.

15 de febrero de 1936.

San José, 17/II/36.

Dn. Hernán G. Peralta.
Ciudad.

Mi muy estimado amigo:

Tan inusitada es por acá una adhesión, como la suya, que de veras me ha dado gusto; y a usted lo enaltece. Mucho se la agradezco. La hallo ejemplar.

La publicación de **Repertorio Americano** es cosa aparte del oficio y sueldo del bibliotecario que lo edita en esta ciudad; aun cuando bien pudiera considerarse dicho semanario, en parte, como una agencia literaria de la Dirección de una Biblioteca Pública.

Seguirá saliendo, pues, el **Repertorio** como de costumbre, y hasta con más tiempo y libertad para hacer y decir ciertas cosas. Es claro que usted puede ayudarme, como lo desea. Le bastaría recomendarlo a sus amigos, hacer que se suscriban. Así ganaríamos todos, en lo material y en lo cultural.

Créame suyo affmo.

J. García Monge.

Libro nuevo de R. Brenes Mesén.

En los talleres de "La Tribuna" está haciéndose una obra nueva de Brenes Mesén. Se titula **Crítica Americana** y contiene los mejores estudios críticos del eminente escritor: acerca de Juana de Ibarbourou, Lugones, Gabriela Mistral, Martí, Bolívar, Amiel, Herrera Reissig, etc.

Edición esmerada, buen tipo, buen papel, bien impresa. Más de 200 páginas, al precio de ₡ 3.50 en Costa Rica. En el exterior: \$ 1 U. S. A. Solicitese

al Administrador del **Repertorio Americano** en esta ciudad.

Eduardo Santos en la Sociedad de las Naciones.

— De *El Tiempo*. Bogotá. —

Bogotá, enero 30 de 1936.

Señor doctor Eduardo Santos.—L. C. Muy distinguido amigo:

En decreto de hoy he tenido el placer de firmar el nombramiento de usted como jefe de la delegación colombiana en la Sociedad de las Naciones, con el rango de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

Nada más grato para mí que esta afortunada circunstancia. Durante la época angustiosa del conflicto con el Perú, seguí día por día su actuación inteligentísima y eficaz como representante de la República en Ginebra; y pude apreciar los servicios insignes que usted en aquellas horas inolvidables prestó a la patria.

Hoy, que el público colombiano y buena parte del público extranjero recuerdan el vigésimo quinto aniversario de la fundación de "El Tiempo", fecha fausta en los anales del periodismo de nuestra tierra, donde merced a la libertad de prensa ese periodismo es timbre de orgullo nacional, permítame usted enviarle mi efusiva felicitación de patriota y de amigo.

Sobra decirle que usted de nuevo en la Sociedad de las Naciones será prenda segura de defensa y decoro de la república.

Lo abraza su afectísimo,

E. González Piedrahita.

Bogotá, enero 30 de 1936.

Señor doctor don Ernesto González Piedrahita.—E. S. D.

Muy estimado doctor y amigo:

Profundamente agradezco la noble y generosa carta suya de hoy, que acabo de recibir. Me honra su benevolencia en forma que excede en mucho de mis méritos, pero que por lo mismo acre-

cienta mi gratitud, y son sus conceptos un valiosísimo estímulo para "El Tiempo", que ha tenido siempre el placer de contarle a usted entre sus mejores amigos.

Me ha sorprendido gratamente la muy honrosa designación de que me da usted cuenta en términos tan obligantes. Desde hace días pienso en hacer un breve viaje al exterior, viaje de paseo y descanso de cuatro o seis meses, y el señor presidente y usted, en fecha para mí memorable y con ocasión de un aniversario ligado a mi vida entera, han querido hacerme una noble distinción, cuya significación especial duplica para mí su valor y que además me permitirá prestar algunos modestos servicios ocasionales a mi patria y no sentirme del todo lejos de ella.

La delegación de Colombia ante la Sociedad de las Naciones está hoy en manos insuperables, y Gabriel Turbay y Umaña Bernal nos representan allí con tanta dignidad como eficacia; será para mí un orgullo acompañarlos en aquella institución ilustre que si presencié alguna vez discordias americanas felizmente terminadas ya, tiene hoy ante sí el ejemplo elocuente de la amistad sincera y del espíritu de leal cooperación que une a las repúblicas americanas, para honra y provecho de este continente. Tal circunstancia hará todavía más grata la misión de representar a Colombia en las ocasiones solemnes en que se reuna la Asamblea de las Naciones, y de cooperar durante mi permanencia en Europa y en la medida de mis fuerzas, en las labores de nuestra Delegación ante la Liga.

Será para mí muy honroso, mi querido ministro, aceptar, ad-honorem, este cargo, que es, más que ninguna otra cosa, una gentilísima distinción, valiosa para mí especialmente por cuanto implica una confianza del jefe del Estado y de la cancillería colombiana, que obliga para siempre mi reconocimiento. Ha sido mi propósito partir a mediados de marzo, pero en todo caso oportunamente haré saber a usted la fecha de mi viaje para recibir sus instrucciones y órdenes.

Una vez más mil gracias, y créame siempre su admirador y amigo afectísimo.—Eduardo Santos.

Solicite el **Repertorio** a la **LIBRAIRIE ESPAGNOLE**.—10, rue Gay-Lussac, 10.—Paris Ve.

AMERICA ESPAÑOLA.—La revista que encarna los grandes ideales de Hispanoamérica.—Director: G. Porras Troconis.—Colaboran en ella los más famosos publicistas de Europa y América. Cuadernos mensuales de 96 páginas, a dos columnas. Nutrida información bibliográfica.

Precios de Suscripción: en Colombia, \$ 4.00 oro colombiano. España y países Hispanoamericanos, \$ 4.00 oro americano.

De venta en las principales librerías del mundo.—Dirección y Administración: Calle de Santo Domingo N° 39. Cartagena, Colombia.

Letras españolas

GUILLERMO DIAZ-PLAJA, PRIMER PREMIO NACIONAL DE LITERATURA (1935)

El Jurado designado para fallar el Concurso Nacional de Literatura, presidido por Antonio Machado, e integrado por Pío Baroja, Pedro de Répide, Angel González Palencia y J. Montero Alonso ha concedido, por unanimidad, el Primer Premio Nacional de Literatura, correspondiente al año 1935, al escritor y catedrático don Guillermo Díaz-Plaja, por su trabajo "Introducción al estudio del Romanticismo Español".

Guillermo Díaz-Plaja nació en 1909. Licenciado en Filosofía y Letras, se doctoró en Madrid (1931). Catedrático, por unanimidad, con el número uno, obtuvo la cátedra de Literatura del Instituto "Balmes" de Barcelona que en la actualidad regenta. Ha profesado en la Universidad de Barcelona numerosos cursos generales y monográficos.

Ha publicado las siguientes obras: "Epistolario de Goya" (1928), "Rubén Darío" (1930), "Una cultura del cine" (1931), "L'avantgardisme a Catalunya" (1932), "Las descripciones en las leyendas cidianas" (Bull. Hisp. 1934), "L'evolució del teatre" (1934), "Aportación al cancionero judeo-español del Mediterráneo oriental" (Bol. Bib. Men. Pelayo, 1934), "Una polémica sobre el catalá a les darrerries del segle xviii" (E. U. C. 1933), "El arte de quedarse solo" (Cruz y Raya), "Cartes de navegar" (1935) y "Visiones contemporáneas de España" (Antología) (1935).

Ha co-dirigido el primer crucero trasatlántico de la Universidad de Barcelona, pronunciando conferencias en las de Puerto Rico y Nueva York y en la actualidad prepara una intensa labor de extensión cultural.

La solidaridad americana

= De El Tiempo. Bogotá =

En una frase llena de hondo sentido, el presidente del Paraguay acaba de definir la base de la nueva política americana, el espíritu que la anima y le da toda su fuerza fecunda y noble. Refiriéndose al pacto de Buenos Aires, que ha sellado definitivamente la paz entre Bolivia y el Paraguay, el presidente Ayala declaró: "El acuerdo de Buenos Aires tiene una significación americana, pues su éxito hay que atribuirlo a la fuerza de solidaridad cada día más incontrastable que liga a los pueblos del nuevo mundo".

En esa fuerza de solidaridad está todo el porvenir de estas repúblicas americanas que, mientras multiplican y estrechan sus vínculos, las grandes potencias se ahogan en discordias absurdas—buscan y encuentran fórmulas cor-

diales y justas para resolver sus diferencias, se orientan hacia una política no sólo de paz, sino de amistad y colaboración sinceras. Con perfecta exactitud ha calificado el presidente del Paraguay de "incontrastable" esa fuerza de solidaridad que hace ya imposible en la América latina todo choque violento entre pueblos hermanos. Es el instinto mismo de la raza el que ha proscrito la política de la fuerza y el que impone soluciones de justicia tranquila. Y esa fuerza incontrastable, ha barrido los restos de barbarie que aun soñaban, en lúgubre pesadilla, en tragedias como la del Chaco, y como la que evitó para Colombia y el Perú el nobilísimo protocolo de Río.

Hermosa y fecunda fórmula ésta de la solidaridad americana, en que cada república goza de su plena soberanía, y vive libremente dentro del concierto armónico del Continente; en que se hace una política internacional clara y leal, sin enemigos ni adversarios, dentro del conjunto de repúblicas hermanas deseosas de ayudarse y sostenerse mutuamente. Política sin secretos ni reservas, franca y clara, identificada con los destinos del continente, que debe realizar solidariamente su progreso y su engrandecimiento, mostrando, frente a los desastres que pueden producir la discordia y el apetito imperialista, los efectos fecundos de una política de inteligente solidaridad.

«Repertorio Americano»

= De El Diario Ilustrado. Santiago de Chile.—29 de enero de 1936 =

He aquí el nombre de un periódico de prestigio continental. Además, posee la más noble de las tradiciones: don Andrés Bello usó casi idéntica denominación para una de sus publicaciones allá por el año 1826.

Joaquín García Monge — director de **Repertorio Americana**—es profesor recibido en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile. En su patria, Costa Rica, ha desempeñado altos cargos públicos. Pero su labor, sin duda, de más significancia es la edición semanal de su **Repertorio Americano**. Durante 17 años ha ido entregando un cuaderno a la curiosidad, a la buena curiosidad ilustrada del mundo hispánico.

Ser director de un periódico es una de las formas del heroísmo actual. Se necesita de una rara capacidad de constancia para continuar cada día con entusiasmo en la faena. Esta forma de heroísmo sin ademanes, sin posturas, con dignidad y silencio la ha realizado García Monge durante largos años.

América Hispana—los Estados Desunidos—tiene en **Repertorio Americano** un punto de cita espiritual. Allí, en esas páginas generosas y organizadas con primor, se reúne la voz escrita de cuantos hombres aspiran el mutuo conocimiento. **Repertorio** es como un hilo sutil que ata las inteligencias distantes.

Sudamérica está en deuda con García Monge, porque durante más de tres lustros ha ido dando al signo escrito la dignidad y el valor que tienen.

Repertorio Americano ha llegado a ser una verdadera enciclopedia viva de los documentos estéticos del mundo de habla española. Pero, al mismo tiempo, ha sido más, porque en sus folios se halla la palpación cultural de todos los horizontes de la tierra. García Monge recoge todo signo escrito de importancia y lo incorpora en su semanario.

La publicación costarricense es ya una de las más ricas fuentes bibliográficas con que cuentan los estudiosos de las letras americanas y europeas. En los XXXI tomos que lleva publicados, se encuentran noticias de muy buenos

quilates y de las firmas más prestigiosas de la intelectualidad de hoy, de todos los países.

Con mucha razón ha dicho Enrique Díez-Canedo, el más agudo acaso de los críticos españoles de la actualidad, en el ágape que un grupo de escritores españoles dió a García Monge, con motivo de su reciente viaje a España: "Quizá no haya hoy mejor texto para la comprensión cabal del mundo hispánico que el **Repertorio** de García Monge". Bellas palabras más que por su valor formal por la justa apreciación que contienen para el director del semanario de Costa Rica.

Ahora, después del lapso de silencio por el viaje de su editor, no me queda más que desear con efusión cordial que la ruta luminosa de **Repertorio Americano**, continúe por largos años en su labor de aglutinación espiritual de los pueblos desunidos de América Hispana.—Norberto Pinilla.

Cuentos de Basile.—(1575-1632)

Traducidos por Rafael Sánchez Mazas.—Cruz y Raya. Ediciones del Arbol Madrid.

- 1.—Las siete palomas.
- 2.—Los tres reyes animales.
- 3.—Las siete cortezas de tocino.
- 4.—El Archipámpano de las pulgas.
- 5.—La fábula del Ogro.

Juan Bautista Basile nació en la aldea napolitana de Posilipo hacia 1575 y murió en Giugliano el 23 de febrero de 1632. En la gran representación mundana del siglo xvii fué a la vez hombre de corte, de teatro, de academia y de campamento. Fué soldado de Venecia en Candia, cortesano del Duque de Mantua y gobernador de Su Majestad el Rey de España en el territorio de Aversa, donde murió sirviendo a este cargo, con el título de Conde de Torone. Los virreyes españoles le protegieron, y el Duque de Alba, don Antonio Alvarez de Toledo, fué el último y el más generoso de sus mecenas.

Escribió Basile en italiano y castellano, pero fué en el habla dialectal y popular de Nápoles donde nos dejó, en el **Cunto de Li Cunti**, "el más antiguo el más bello entre todos los libros de cuentos populares—dice Croce—, según el juicio unánime de la crítica extranjera, y sobre todo de Jacobo Grimm, que con su hermano Guillermo dió a Alemania la colección de los **Kinder und Hausmarchen**. Crane reconocía lo mismo al decir que "ningún pueblo de Europa posee tal monumento de cuentos populares como el **Cunto de Li Cunti**". Traducidos al alemán por Liebrecht, en 1846; al inglés, por Taylor, en 1848, y por Burton en 1893, solamente salieron en italiano, de modo correcto y completo, el 1924, por obra de Benedetto Croce.

Jacobo Grimm ha escrito consideraciones muy justas sobre la gran dificultad en traducir la prosa popular de Basile, a lo que podríamos responder que acaso la lengua castellana es aquella que, aunque no sin trabajo, puede mejor reproducir su espíritu y su movimiento. Coincidió Basile con nuestro Quevedo en la academia napolitana de los Ociosos, y probablemente tuvo relación con Miguel de Cervantes a través de Cortese, el autor del **Viaje del Parnaso** y su mejor amigo. Fué Juan Bautista Basile "aventurero honrado" y hombre bueno, valiente, resignado y alegre, que, como San Felipe Neri, "sabía convertir en risa aquello que no podía convertir en alegría". Por su vida y su obra merece ser amado y conocido de los niños de España.—R. S. M.

Romain Rolland o la agonía de una obstinada ilusión

Por ANIBAL PONCE

= De *Unidad*. Buenos Aires, Rep. Arg. Enero de 1936. =

Discípulo de Renan, formado en su escuela y en su hogar, Romain Rolland aprendió desde temprano el culto del espíritu y el desdén por el tumulto de las opiniones (1).

Ya estaba predispuesto, en cierto modo, por la iniciación musical de su niñez, que una madre cuidadosa le reveló junto al piano. La música procura, en efecto, infinitamente mejor que cualquier otro lenguaje, esa impresión de lejanía, esa victoria sobre la estrechez de la ciudad, esa comunión inexpresable con las fuerzas superiores que nos deprimen o nos exaltan.

Pero estaba predispuesto también, por las largas lecturas de un viejo libro que pasaba en revista a las mujeres de Shakespeare: galería prodigiosa en que desfilaban como en un sueño, Rosalinda y Julieta, Miranda y Titania, todo ese mundo de la adolescencia, en fin, que Shakespeare ha abordado siempre con una delicadeza de confidente.

Cuando llegó la hora de descubrir el pensamiento, Spinoza le dió para colmo los goces ásperos de la meditación, desde su mirador tan distante de las cosas terrenas.

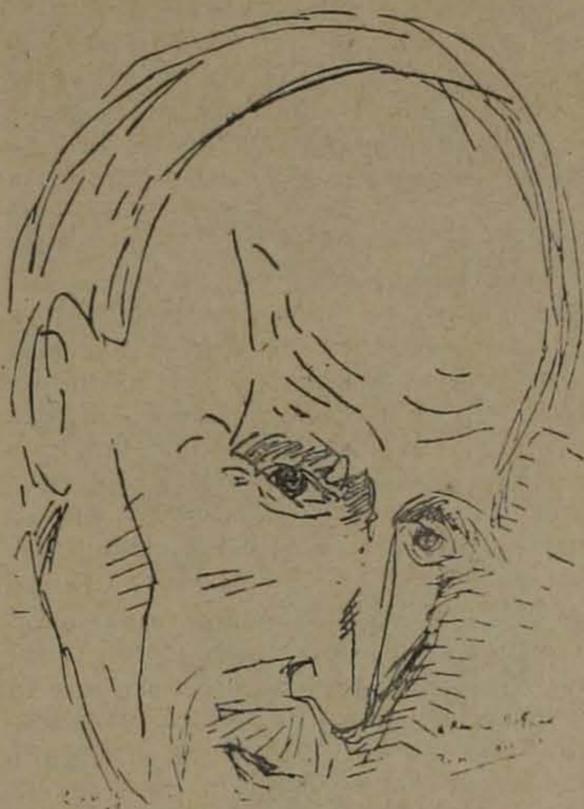
Corrientes distintas lo conducían a lo mismo, y ya era de la hermandad de Ariel cuando se acercó a golpear a la puerta de Renan. El viejo mago estaba en el esplendor de su ancianidad gloriosa: cada vez más descreído y cada vez más seductor, y tan cómodamente arrellenado en su ironía bondadosa que el drama de los hombres sólo era para él una ilusión permanentemente renovada.

Rolland no compartía ese total desprendimiento, pero ha expresado muy bien a través de la pálida figura de Olivier—que tanto se le parece por la sensibilidad y la pureza—lo que era por entonces, y lo que siguió siendo durante muchos años, su ideal y su fe. Cuando Juan Cristóbal le pregunta, con su áspera franqueza: "Pero ¿es que no puedes odiar?", Olivier le responde: "Odio al odio". Detesto luchar contra personas que desprecio... No formo parte del ejército del poder, pertenezco al ejército del espíritu" (2). ¡El ejército del espíritu! He ahí su sitio, el sitio de todos los hombres libres. Nada de conflictos de patria, de religiones o de razas, las élites (3)

(1) ZWIG, *Romain Rolland*, pág. 33, traducción Cahn, edición «Imán», Buenos Aires, 1935. «En los años de aprendizaje, se convirtió Renan en su guía, en una hora en que Rolland visitó decididamente al gran sabio». En igual sentido, pág. 107. El mismo Rolland lo reconoce así en *Quinze ans de combat*, pág. 233: «Ese sueño pueril de una élite de burgueses intelectuales, desvinculada con las leyes vivas de la humanidad en marcha, lo hemos conocido por nosotros mismos; lo hemos aprendido, cuando niños, de los labios de los viejos Renan que predicaban sin mucha fe el reino futuro de oligarquías intelectuales con un buen tirano filósofo en la cumbre de su pirámide».

(2) ZWIG, pág. 162.

(3) ZWIG, pág. 61.



Romain Rolland

deben fraternizar más allá de las fronteras y contribuir con su palabra al advenimiento del espíritu.

El espíritu en Rolland no desdeña la acción, ni aplaude ese derecho a la ironía cauta que el astuto Próspero se había reservado en el "Caliban" de Renan frente a la victoria momentánea de su antiguo esclavo. Cuando en su obra *Liluli*, escarnece la risa de Polichinela, Romain Rolland lo hace porque esa risa sólo conduce a evitar la acción. "Sabes reír—le dice la Verdad de Polichinela—, sabes mofarte pero ocultando tu risa, como un colegial que se tapa la boca. Eres precavido como tus abuelos los grandes Polichinelas, como los maestros de la ironía libre y de la risa. Como en Erasmo y Voltaire, tu boca está cerrada sobre tu sonrisa" (4).

Rolland anhela un espíritu heroico que no se atemorice como Polichinela con el bastón, pero un espíritu que aun en el tormento no sepa pronunciar un sólo grito de guerra. Más cerca de Erasmo que lo que él mismo creía, Rolland aspiraba también a reunir en una élite a un puñado de espíritus intrépidos que sepan luchar si es necesario, pero con las armas del espíritu: las únicas armas que no las mueve la violencia (5).

Era, en el fondo, la defensa del hombre abstracto que el humanismo había creado, la defensa de un hombre liberado de las contingencias de la vida práctica y social (6): un hom-

(4) ROLLAND, *Liluli*, pág. 86, editor Ollendorf, Paris, 1919, tercera edición.

(5) Recordar que Erasmo amaba al cristianismo primitivo porque combatía solamente en el orden espiritual, «el único que vale a los ojos de Dios». QUONIAM, *Erasme*, pág. 149.

(6) ROLLAND, *Quinze ans de combat*, pág. V, editor Riede, Paris, 1935, novena edición

bre, en el mejor de los casos, que si descendía a veces a la lucha y devolvía golpe por golpe—como Juan Cristóbal y Olivier—no por eso suspiraba menos por desprenderse cuanto antes de la "feria en la plaza",—regresar enseguida a su reino del aire: *Mein Reich ist in der Luft* (7).

No se trataba, para emplear sus palabras, de "la fétida indiferencia", pero era sí la afirmación terminante de la supremacía del hombre que piensa sobre el hombre que vive, el desdén por la lucha y por la acción, la soberbia de la élite intelectual con su certidumbre orgullosa de que fuera de ella no hay en el mundo más que agitación sin importancia. Egoístas élites que por conservar menguados privilegios continúan defendiendo un Espíritu y una Libertad en abstracto que la realidad sin cesar se los desmiente, candorosas élites cuyos sueños absurdos son fomentados por los mismos que de ellos benefician: porque son esas construcciones del "arte puro" y de la "inteligencia pura" las que desvían los ojos de la única escena en que se desarrolla de veras el drama de la historia. Las clases gobernantes estimulan con maña a esos artistas que son como niños, a esos sabios que son como Juan de la Luna. Y los prefiere, y los cuida, y los carga de honores, hasta que llega el día en que por una palabra imprudente, o por un descubrimiento inesperado, los arroja de los privilegios y los cargos.

Cuenta en sus Memorias, el escritor portugués Raúl Brandao, esta historia magistral que bien merecería un largo comentario, pero que en la imposibilidad de hacerlo en este instante entrego a la meditación de los artistas puros, de los sabios solitarios y de esos—sobre todo—nobles apóstoles de la "nueva educación"—candorosos varones que ya debieran tener un buen altar: "El señor Junqueiro y yo paseábamos un día, de aquí para allá, por el jardín de la Villa do Conde— y el señor Junqueiro predicaba la piedad y el amor. Unos chiquillos estaban por allí jugando a la pelota, y yo y el señor Junqueiro paseábamos de aquí para allá. El señor Junqueiro predicaba la piedad y el amor, cuando en eso la pelota cayó sobre la cabeza del señor Junqueiro, quien levantó el bastón y dió con él al chiquillo... Y nosotros continuamos paseando de aquí para allá, y el señor Junqueiro predicando la piedad y el amor" (8).

En la vida de todos los días así ocurre también con esos niños grandes que son los intelectuales y los sabios. La burguesía los mima y condecora cuantas veces le conviene. Mientras la sirven, sin que ellos mismos lo sospe-

(7) Idem, pág. VI.

(8) Citado por Eugenio D'ORS, *Los diálogos de la pasión meditabunda*, págs. 145-146, editor Raggio, Madrid, 1923.

chen, les deja jugar con las ideas o con las palabras, pero descarga sobre ellos su bastón tan pronto cae una pelota sobre la cabeza de la burguesía. Atolondrados, entonces, se preguntan "¿por qué?", y en ese por qué puede verse mejor que en parte alguna la profunda ignorancia de los problemas sociales que tantos siglos de vivir entre las nubes han traído al desdichado Ariel, la ceguera como castigo y la vanidad como mancha.

En ningún otro escritor contemporáneo puede seguirse mejor que en Romain Rolland ese largo proceso que él mismo ha llamado la agonía de "una obstinada ilusión" (9), doloroso proceso que se inicia en el instante mismo en que el intelectual descubre que su pretendida independencia está condicionada por ocultas potencias que la dirigen, y que continúa a través de saltos, retrocesos, esclusas, codos bruscos, hasta el momento en que surge el resplandor que le da fin. Desde sus *Vidas de Hombres ilustres* hasta el *Teatro del Pueblo*, desde Juan Cristóbal hasta *Por encima del tumulto*, Romain Rolland es el testimonio vivo, heroico, desgarrador, de esa tenaz ilusión de un Espíritu que se basta a sí mismo, de una inteligencia que se cierne por arriba de las cosas.

Frente al mundo y a la vida, él no defendía, es verdad, la mirada fría del Buda inmóvil, pero sostenía con una constancia tozuda los derechos indeclinables del intelectual a llevar con orgullo la túnica de gasas. La guerra primero, la revolución rusa después, lo lanzaron en el hervor de la vida, en el torbellino del drama sangriento. Basta recorrer los centenares de artículos, mensajes, polémicas, que brotaron entonces de su pluma, para comprender hasta dónde sus dos libros recientes *Quince años de combate* y *Por la revolución a la paz* (10) son el diario doloroso de un espíritu honrado que se va arrancando a girones de la carne viva del alma, los prejuicios, las mentiras, las ilusiones, depositadas en largos años de educación burguesa (11). Día a día nos va mostrando en ellos cómo la guerra y la revolución fueron para él—y con él, para un puñado de intelectuales honrados—una escuela primaria de educación política. Escuela primaria, en efecto, porque todo lo tenían que aprender.

Duros años de aprendizaje los de este alumno que ya había doblado el medio siglo, y que se debatía angustiosamente entre un mundo naciente que le refrescaba el alma y otro mundo senil que todavía lo tenía aprisionado. "Los intelectuales—ha dicho

— se forman inmovilizados por una ideología que es más o menos rica y matizada, pero que surge siempre de las entrañas del espíritu como brota del vientre el hilo de la araña, y mucho menos adecuada que este hilo para prenderse en las aristas de las cosas" (12). Desde el instante en que la guerra lo lanza a defender entre las nubes una Ciudad del Espíritu que él creía amenazada, hasta el día de hoy en que marcha orgulloso junto a las filas de la revolución proletaria, Romain Rolland ha cambiado desde la base a la cumbre su concepción del mundo y de la vida, y ha restituido a la Inteligencia y al Espíritu el único clima que le es propicio. Es lo que ha resumido en esta página de sus "Quince años de combate", honrada como una confesión, valiente y dramática, como todo lo suyo: "El autor—dice—aprendió a sus expensas que la libertad de espíritu de que tanto se ufanan los escritores de la democracia, estaba tan lejos de los hechos como todos los otros Derechos del Hombre que la revolución burguesa había patentado. Poco le costó denunciar el engaño de esa ideología bajo la cual se enmascara el despotismo peor. Pero mucho le costó, en cambio, arrancar de sí mismo esas abstracciones a la sombra de las cuales los abusos se ejercen. Durante años se obstinó en defender la libertad abstracta del espíritu sin comprender que para que ese fantasma adquiriera un cuerpo, era necesario conquistarle primero y prepararle después, el terreno en el cual la idea-planta echaría raíces. El no había dejado de presentirlo, porque desde los comienzos se había puesto al lado de la Revolución que tomaba por asalto y trabajaba rudamente la vasta tierra. Pero aún así persistía en reivindicar para el árbol-libertad el derecho a no depender de esa misma tierra arada—¡es decir, a permanecer con las raíces en el aire! Es terriblemente di-

(12) ROMAIN ROLLAND, *Par la revolution, la paix*, pág. 7.

fícil para un intelectual renunciar a sus tesoros imaginarios: mucho más fácil le sería sacrificar con la vida, los muy pocos tesoros reales que posee. ¡Pero sus ideas! Le parecería que al perderlas, perdería también sus razones de existir. En su terquedad al defenderlas, no comprende que lo que protege contra su pecho, no son ideas, sino palabras sin substancia, cáscaras vacías.

"Es la historia de esa ilusión obstinada lo que voy a contar y después las primeras dudas que abrieron una brecha, y después el descubrimiento de que en la cesta no había nada más que cáscaras vacías. Pero al rechazarlas indignado, para ponerme a la búsqueda de ideas vivientes, me fué dado encontrarlas bajo la corteza de ese mundo nuevo, cuyo aspecto rugoso no nos inspiraba confianza. Y comprendí entonces que esa misma dureza era necesaria para protegerlas" (13).

Siglos de educación burguesa impedían precisamente el descubrimiento de esa verdad tan limpia, y es comprensible el desconcierto trágico de Ariel al saber que en la historia de nuestros días no ha sido precisamente Caliban el que ha arrojado a la hoguera la biblioteca de Próspero. Mucho tiempo le ha sido necesario para alcanzar que la túnica de gasas no era su gloria sino su falta, el mismo tiempo que ha sido menester para ir creando en las entrañas de esa misma sociedad burguesa, las premisas objetivas del humanismo proletario.

Venturoso humanismo que en la primera patria que lo vió nacer, ya está dando a las ciudades el nombre de sus grandes escritores y cuyos triunfos ruidosos en ese mismo reino del Espíritu, que se decía inaccesible para él, son los que han decidido a nuestro noble Ariel a echarse a volar sobre la vasta tierra con las alas de fuego de la Revolución.

(13) ROLLAND, *Quinze ans de combat*.

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Plantas eléctricas portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

(9) ROMAIN ROLLAND, *Quinze ans de combat*, pág. VII.

(10) Promete para en breve su *Diario de los años de la guerra*.

(11) ROLLAND, *Par la revolution, la paix*, pág. 226. Editions Sociales Internationales, Paris, 1935. «Cada uno de nosotros debe hacer su examen de conciencia. En cuanto a mí, lo digo francamente, no ha sido sino poco a poco, en el curso de la guerra, que el velo se ha desgarrado y que he debido reconocer la suma enorme de errores, prejuicios y mentiras acumuladas en mí por la educación, como en todos mis contemporáneos».

Parágrafos sobre Barbusse

Por ALBERTO GERCHUNOF

= De *Unidad*.—Buenos Aires, Rep. Arg. Enero de 1936. =

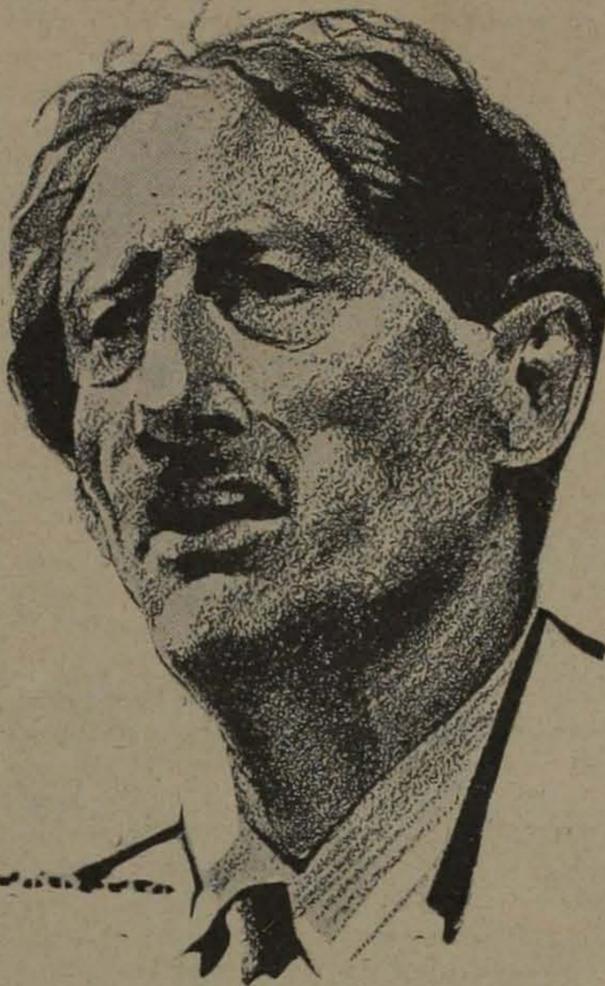
I

Para la gente que no tiene el hábito de examinar con discernimiento las palabras con que suele definir los hechos, constituye la santidad un estado pasivo. Ser un santo equivale a una especie de beatífica posición de conformidad. No es este el concepto con que se consagró a los grandes propulsores del cristianismo o a los que lo depuraron y embellecieron en los siglos posteriores a su triunfo. La santidad representó en aquellos tiempos de caos y de génesis un estado combativo. El hombre que asumía la predicación no se limitaba a aceptar contemplativamente la verdad nueva. Se esforzaba en difundirla y en imponerla. Si hubiera visto en esa verdad un estímulo simple de purificación, un aliciente silencioso de perfeccionamiento íntimo, el santoral no sería una historia de martirio y de sangre. Los gobernadores romanos, que encarnaban el fascismo nacionalista y las ideas aristocráticas del privilegio, no habrían organizado la persecución de esos extraños rebeldes, de esos mansos y trágicos revolucionarios que combatían con un signo y anunciaban a los esclavos del mundo la hora cercana de la liberación. Y en nuestro tiempo, que es también de caos y de génesis, reaparece el santo, no en la condición de alma extática, sino en postura de lucha, y para quien la vida es un deber de militación. Henri Barbusse nació con ese instinto y vivió con ese designio. Fué un santo, es decir, un mensajero humano y un héroe.

II

En sus libros juveniles encontramos la influencia de las escuelas literarias que dominaban en el efusivo universo de París. Naturalista con tendencia a la minuciosidad y prosista con el esplendor rutinario de los poetas del simbolismo, profesaba la idea estética de que el individuo es un accidente de la obra artística. Había sin embargo en Henri Barbusse la necesaria infusión de socialismo, de fermento no conformista, que debía desanimarlo en su tarea de creación. ¿Bastaba al escritor explorarse infatigablemente y construir entidades psicológicas, revestirlas de belleza verbal, para cumplir una misión de persona viviente? Un compatriota de América—Gonzalo Zaldumbide—señaló en 1909 la importancia y la originalidad de su obra. Preveía el desenvolvimiento extraordinario del novelista y nos indicaba en sus novelas y cuentos primerizos la fuerza de una vasta personalidad.

No advirtieron sus dimensiones posibles los críticos de París. Para ellos significaría, sin duda, un literato de talento, o sea un artista más en la acepción profesional del término y aunque valía más que muchos de sus contemporáneos, y ya denunciaba una potencia que hoy se admira, la obscuridad envolvía su nombre y su paciente trabajo. Y es que, en realidad, Barbusse rehizo totalmente su espíritu y reconstruyó su mentalidad con la siniestra experiencia de la guerra. Fué esta su verdadera y perdurable lección de arte. De arte y de religión. Comprendió que el artista que se educa en el prestigio ficticio de la formalidad, es una pequeña, misera-



Henri Barbusse

ble y perecedera cosa, que el antiguo Marcial consideraba como "un hermoso homúnculo"—bueno para bailar en los festines de los jóvenes patricios, pues en ese menester no se requiere ni sexo ni corazón. Comprendió Barbusse la exigencia imperativa de la vida que consiste en revelar a la humanidad de que surge la literatura vital, su dolor, su monstruosidad y su esperanza. "El Fuego" lo exhibió bruscamente como documentador de una sociedad agónica que en su crueldad anárquica sólo lograba revolcarse en el horror. Ya no era el obrero de un estilo deliberado; ya no era el literato introspectivo y el complicado y suntuoso psicólogo finisecular. Lo que sufrió en las trincheras, la visión de muchedumbres inmensas hechas carne muerta, carne heroica y estúpidamente muerta, y amasada en lodo, le dió la noción de su magistratura mundial y le indujo a transformar su oficio en milicia. Es como se convirtió en un perseguidor de los culpables. Su voz se volvió terrible. Y al pasar del gabinete de analista de aventuras individuales

al gran laboratorio en que se observa el estremecimiento de la criatura humana en el deslinde de dos edades históricas, la clase múltiple de aprovechadores de catástrofes, los roedores que medran en los intersticios de las tragedias sociales, los pacíficos nuevos ricos que aspiran a ejercitarse en su reciente automóvil, en su reciente palacio, en su reciente querida, advirtieron que Henri Barbusse se les ofrecía con la trascendencia de un peligro.

¿Por qué no se reduciría—pensaban—a escribir sus novelas, por temerarias que fuesen en su ácido antisocial, en vez de hablarnos de Lenin, de Rusia, en vez de detestar públicamente a Mussolini y de blasfemar contra la restauración de ese flamante tirano de Padua, huído del drama de Hugo, y que maneja en su teatro sofocado el rayo y el trueno? Con su cuerpo ascético y hético, Barbusse desafiaba a esos callados elementos que, de acuerdo con su denuncia memorable absolvió al asesino de Jean Jaurés, por razones de irresponsabilidad mental y lo condenaron escasos meses más tarde por haber cometido una estafa, o sea un atentado contra su sagrado dinero.

III

Lo que se toleraba en el novelista, a quien es permitida la iconoclasia, el amor a la verdad, bajo el pseudónimo del arte, no se consentía al hombre de acción. Admitían al poeta; odiaban al profeta. Mas Barbusse, que nunca dejó de ser el artista insigne, no quiso renunciar a su papel profético.

Es este uno de los aspectos conmovedores de su vida. En la vorágine de la humanidad salida de la guerra y ansiosa de guerra, en el apogeo de la bestialización hitlerista, que Kayserling proclama en su farsa filosófica como el predominio de lo telúrico, Henri Barbusse se erigió en representante de la dignidad del hombre, en vindicador del decoro moral del individuo. Wells denomina la etapa de Mussolini y de Hitler "la hora del bárbaro patán". Contra el bárbaro patán se levantó Barbusse. Tendió ante la resurgida barbarie medioeval la línea en que se ponen en fila los hombres libres. ¿Quién lo supera en coraje magnífico y quien no le da tributo de gratitud? Henos aquí para hacerlo. Le debemos algo más, los que trabajamos por la cultura colectiva y no nos resignamos a revolver parasitariamente los despojos de las bibliotecas y de los museos. Nos enseñó la necesidad de devolver al mundo lo que el mundo nos da: nos adoctrinó en la certidumbre de que es indispensable al escritor una concepción religiosa de la vida, en la concepción trascendente de que la vida lleva en sí un fin y ese fin debemos descubrirlo, interpretarlo, destilarlo en el espíritu y de este modo seremos artistas, poetas, filósofos; seremos hombres y no acrobáticos bailarines de fiestas ajenas. Barbusse formuló un llamamiento al servicio por la humanidad, que se compone de países, de pueblos, de razas. Y cuanto más serviremos a la total conjunción humana tanto más seremos servidores de nuestro país, de nuestro pueblo, de nuestra raza. Por eso fué Barbusse un santo y un héroe.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

En la agonía del "mahatma" Gandhi

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

= De El Sol, Madrid. Sábado 11 de enero de 1936. =

Sigue gravemente enfermo el "mahatma" Gandhi.

Lo hemos narrado alguna vez. Hacia 1900, una lady inglesa que escandalizó a los cuáqueros de su país, echaba este vaticinio: "Gandhi es uno de esos hombres que dejará por donde vaya surco o estela. El ha de traer voces nuevas y el beso que horade con su poder sumiso la espada". Muchos años después, Gandhi, que ha roto a fuerza de dulzura el gladio del Imperio, se dispone a entrar en la historia. Escribe, como alegación beligerante, su autobiografía, en la que Romain Rolland, biógrafo del "mahatma", pone el prefacio.

El libro de Gandhi es, según Rolland, libro de acción, en el que todo hombre de buena fe puede hallar una riqueza incalculable de enseñanza para actuar sobre sí o sobre el prójimo. Son tres las virtudes que caracterizan al caudillo hindú: la voluntad, arco tenso siempre; la pureza, y el sentido práctico. No es el hombre de presa; pero tampoco el de delirio. Combate, no por la santidad, que es la propia perfección, sino por las libertades de millones de seres. En esta lucha, la estrategia y hasta el juego de ardidés son perfectamente lícitos.

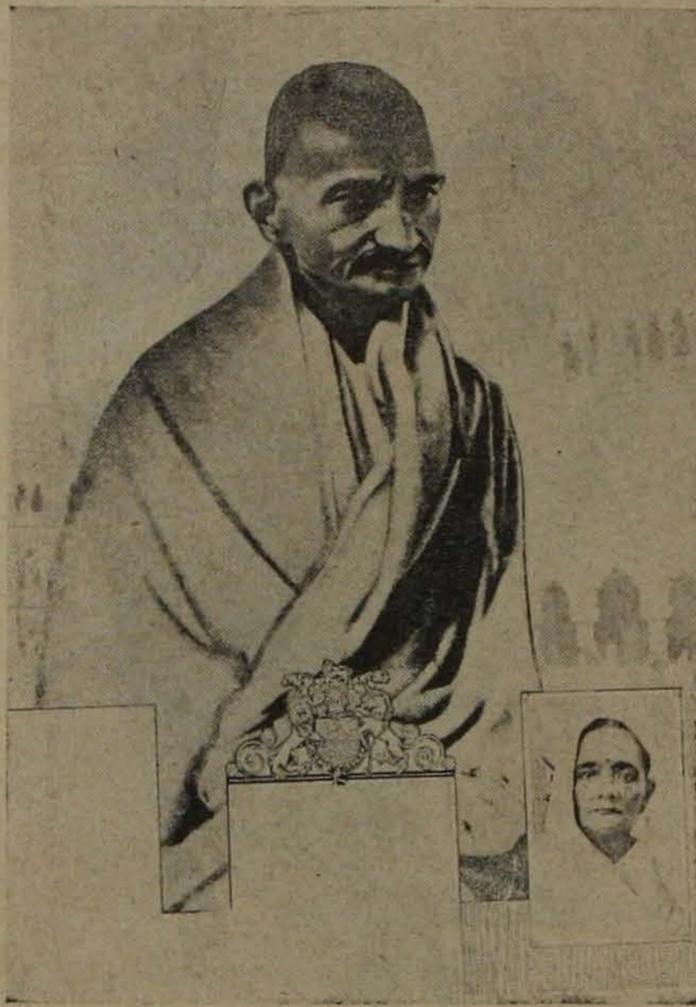
No bastan la fe, ni tampoco el desnudo, para alzarse contra los poderes blindados del Imperio más implacable de la tierra. Si hasta Dios en el Viejo Testamento es el Señor de las batallas, el profeta ha de ser soldado y artillar sus posiciones antes de rendirlas.

Para Gandhi, el primer mandamiento de caudillo es inmolarse el yo, para servir al su. El yo según Gandhi, es basura que él quema en su corazón ardiente.

"Todo el camino de su vida — escribe Romain Rolland — será, con una sinceridad sin reservas, el que conduce a esta identificación perfecta del yo con el su, que es la marcha. Pero no alcanza su meta de un salto, como casi todos los indios, y en especial los místicos, a quienes la pasión del éxtasis saca raudamente de sí, Gandhi hace su camino con la lógica tenaz y palatina de la razón".

Ella, y no el saber infuso, ni el rapto, ni el "mensaje estremecido", actúa. ¿Cuáles son las experiencias de Gandhi? Romain Rolland las resume:

La primera es el ayuno, ejercicio ascético que temple y disciplina el alma; la segunda es la castidad absoluta de cuerpo y de pensamiento. Castidad: cilli-



Gandhi y su noble esposa

cio de esparto y flagelo sobre la carne sensible a la primavera; "brachmachanya" o sea tortura en los sentidos complacientes, castigo y hasta crueldad si es necesario. Sin "brachmachanya", sin freno que tascar y fiorecer de espuma, "la vida es insípida y brutal". El hombre no es hombre sino en cuanto es capaz de tenerse a raya. Otra de las experiencias de Gandhi es el "pisoteo de la casta, la vejación de sus prejuicios". "Sin ultrajarse como casta, la identificación por el culto de la existencia universal es imposible".

Siguen el apostolado, la repudiación de la violencia y el sacrificio. "Dios — escribe Gandhi — tiene sed de abnegación humana. El sacrificio de una sola alma no se consume jamás en vano".

El abogadito de hace treinta y seis años, abofeteado y herido en su dignidad, ejerce poder sobre trescientos millones de hombres. En 1931 firmó, con el virrey del más grande Imperio de Europa, de igual a igual, un Convenio que cambia la faz del mundo y puede traer el derrumbamiento de la grandeza británica, más intimidante que la de Nínive y Babilonia. ¿Gandhi ha horadado con el beso el poder sumiso, la espada? "Teme la cólera del tímido", enseña la Escritura

La cólera del tímido, la dulzura del creyente que cierra los ojos para ver. Estas ¿son fuerzas que prevalecen al fin?

En el nacionalismo de la India hay algo más que el fervor palúdico del "mahatma", hay inspiración europea.

El antedictamen del virrey lord Chelms Ford (octubre de 1933) corrobora nuestra conjetura. El "swandeshi", la tentativa de secesión, nace en la India con el maquinismo que le llega de Europa. En una epístola resonante enviada al "Times" en noviembre del 23, un angloindio notorio de la "Indian legislative" sugería lo que sigue: La India, país agrario, se convierte en país industrial, y éste es el destino inconjurable que hoy le abrumba. El aldeano hindú es hijo tenaz de la tierra; de ella, por ella y para ella vive; es un poco propietario, y esto le ayuda a conformarse. Un obrero de fábrica sirve a una fuerza ciega; se sindicó en cualquier Labour Union, y se inicia en las artes de la protesta. Hace bien, acaso, porque su lote es exiguo y la vida le regatea otros bienes. Será, no un indio, sino un propietario no distinto del europeo; será nacionalista, mas no porque ame los dioses y las leyes de su tierra, cada vez menos suya. Es que ansia redimirse de un modo o

de otro". El angloindio nos ilustra, como se ve, sobre el "swandeshi". Su patriarcalismo, empero, no nos gusta. Oponer la protesta a la prez como si en la boca del hombre no cupieran la una y la otra juntas.

Ya lord Sydenham que conocía la India, dijo que en el "swandeshi" hierven levaduras amargas. El proponía para la tierra hindú un federalismo de tipo francés, y llegó hasta recordar dos manifiestos: el de Nancy y el de la Declaración de los derechos de los felibres. Pero lord Sydenham no se engañaba sobre el movimiento. "Inglaterra en peligro", llamó crudamente a alguna de sus comunicaciones.

Kipling refuerza la teoría de lord Sydenham, cuando llama a los intelectuales indios vástagos infieles de las Universidades británicas. Su Vali Dad no es sino, el joven mahometano a quien la educación a la europea perturba y le hace experimentar sistemas y doctrinas que le desbordan. En sus "Cartas de viaje", hablando del Sudán, pretende Kipling que Roma muere cuando enseña, en poco tiempo, a las provincias distantes lo que las provincias no han aprendido con lentitud esforzada, que es como se aprende sin riesgo de envenenarse.

Lord Irwin, virrey de la India, creía, sin embargo, que el nacionalismo de aquel país es de raíces religiosas. Su padre, lord Halifax, aliado del cardenal Mercier en las conversaciones para la unión de las Iglesias, lo había dicho también. Tanto como política, la fuerza del "mahatma" ha sido religiosa, o como él mismo decía al salir de un te ofrecido por los Reyes de Inglaterra en el Palacio de Buckingham: "de últimos fines". Bien es verdad que de "últimos fines" era también la del virrey lord Irwin, su adversario, y la de todos los virreyes, pues invoca al dios del Imperio británico, que es quien salva al Rey, al menos por ahora. Y la verdad, entre los poderes del virrey y los poderes del santón nacionalista, opta nuestro entendimiento por los del virrey, que son del orden que nosotros amamos.

Las ideas de Gandhi son dulcemente corrosivas; pero él es caudillo y le han oído millones de hombres en los cinco continentes. Ojalá venza una vez más a la Intrusa el "mahatma", que no es del linaje de hombres que preferimos. Pero en todo caso los muertos como Gandhi no mueren nunca del todo.

El eclecticismo en la Etica

Comentarios sobre el lado interno de las varias Religiones, señalando los siete puntos fundamentales en los cuales todas están de acuerdo.

Por el Dr. MARCEL BONHOMME

= Envío del autor.—Costa Rica y diciembre de 1935. =

(2.—Véase la entrega anterior)

La manifestación de Dios en un Universo

Todas las Teologías han distinguido a Dios en Su propia naturaleza y Dios en su Manifestación. Aunque a veces las religiones no se preocupan de esta diferenciación, sus teologías contienen profundas verdades, expresadas en términos intelectuales, y que varían en forma de acuerdo con la religión particular y aún con el intérprete de ellas. El espíritu es uno, pero el intelecto es multiforme, y, como un prisma, analiza la luz blanca de la Verdad en sus colores constitutivos, y cada color es diferente de los demás, aunque continúa siendo parte de la luz blanca única.

Entre estas verdades está la de la divina manifestación del Ser en un universo, y esta manifestación de Sí mismo es, en una forma intelectual de pensamiento profundo, vista en un aspecto de Tríplexidad: Dios se manifiesta en tres Aspectos, de tres Modos fundamentales, como tres Cualidades esenciales, como desempeñando tres Funciones primordiales en relación con Su Universo. Este hecho es el que ha dado origen a las Trínidades de la mayoría de las religiones.

Todas mantienen como una Verdad Raíz, fundamental, la de la Trinidad, aunque varíen los nombres con que cada una designa las partes constitutivas: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo del Cristiano; Shiva, Vishnu y Brahma del Hindú; el Amitabha, Xvalokiteshvara y Mañjusri, del Budista Chino y Tibetano; el Ahura-Mazda, Spento Mainyush, Armaiti del Zoroastrismo; el Poderoso, el Sabio y el Compasivo del Musulmán; las Trínidades de religiones muertas como la Egipcia, la Caldea y otras; todas proclaman a una sola voz esta triplicidad inmanente de la naturaleza manifestada por la Divinidad en su propia manifestación, reflejada en la triplicidad de la conciencia en el Universo en el cual Ella se manifiesta. Los tres aspectos de Divinidad al revelarse en un universo devienen, para los habitantes de ese universo, tres Seres, en los términos del Credo Cristiano Tres Personas distintas en un solo Dios Verdadero.

El Dios manifestado es la Raíz del universo; unos hablan de

emanación, otros de creación; lo que es cierto es que siempre es El y el método o forma de dar vida a un universo es cuestión de detalle o secundaria, variable. El es el modelador, el constructor y el arquitecto de Sus mundos y es Su Vida única la que los hace nacer, los preserva durante su existencia y los llama de nuevo a refundirse en Su Unidad cuando ha llegado el término.

Esta labor de dar ser y vida a un universo, de dotarlo con parte de Su existencia, de conferirle parte de Su propia naturaleza, es necesariamente el trabajo de Dios en Su tercer aspecto, de Su tercera Persona según los Cristianos. En este punto no hay disputa entre las diferentes religiones. Dios en su tercer aspecto es la fuente de toda vida.

El solo mantiene y preserva los mundos, y el ejercicio de esta función es lo que se llama la manifestación de Su segundo Aspecto, o Persona, en relación con Su Universo.

Y El, y sólo El, cuando el pe-

ríodo de descanso llega, llama a Su seno los Espíritus que de El nacieron para poblar Su universo y disuelve los mundos que El formó. "A Dios volverán todas las cosas" dice el Corán y Brahma, Vishnu y Shiva, "según que creen, preserven o destruyan, son la Causa de la creación, preservación y destrucción" del universo. Este aspecto, de retorno al seno del Padre, es el tercero.

En esta doctrina de los tres Aspectos Divinos de Dios en relación con Su universo, tenemos la Verdad primordial de la Unidad Divina en forma concreta, y aplicada a las funciones fundamentales de la Divinidad en Sus mundos. Así como un hombre puede ser un Esposo, un Padre y un Amo, y puede verse en relación a su Esposa, a sus Hijos y a sus Sirvientes, siendo en todas sus relaciones uno y el mismo hombre, así para las religiones es Dios en Sus tres aspectos de Creador, Preservador y Liberador, uno y el mismo Dios.



Monumento al padre desconocedor

Madera de Laporte

Los grandes órdenes de seres vivientes

La Vida divina se viste de una inmensa variedad de formas, que no se circunscriben a este nuestro mundo — un mero punto en el espacio infinito — ni aún a aquellas clases de materias que podemos apreciar con nuestros ojos materiales. En nuestro propio mundo, la Vida de Dios mantiene la cohesión del mineral, en Su cualidad de Existencia; se expresa en la incipiente sensibilidad de las innumerables formas del reino vegetal en una parcial manifestación de Sus cualidades de Conciencia y de Gloria; da la sensación y la inteligencia elemental a los animales, con expresión más desarrollada; y Se manifiesta más plenamente en el hombre, como corona de la creación, en Su triple naturaleza.

No habría razón para suponer que la Vida divina se manifieste solamente en la materia física de este nuestro diminuto mundo terrenal, y esté confinada a nuestra tierra, aguas y aire únicamente. Existen incontables mundos habitados, e inmensos reinos del espacio, mundos formados de materia demasiado sutil para nuestra visión, plétóricos de seres que participan de la inagotable Vida de Dios. Inteligencias de diversos grados, super-humanas y sub-humanas — si tomamos nuestra propia como standard de comparación, — reflejan la imagen divina en proporciones siempre diferentes.

Todas las religiones han reconocido la existencia de Inteligencias Super-humanas, llamándolas de diferentes modos. Los hindúes y los budistas hablan de ellos como de sus Devas, sus Seres Resplandecientes; el hebreo, el cristiano y el musulmán los nombra Arcángeles y Angeles; el Zoroastrismo los titula los siete Ameshaspentas (arcángeles) con huestes de ministros subordinados.

La mayoría de las religiones reconocen también la existencia de Inteligencias inferiores, en su mayoría sub-humanas, y se mencionan frecuentemente en las narraciones e historietas nacionales de todos los pueblos, lo mismo que en la poesía de poetas modernos; algunas personas sensitivas sienten la presencia de vida consciente en escenas de

belleza natural y otras muchas son — capaces de ver estos seres menores de la naturaleza re-
tozando en los bosques, en las fuentes o en el aire. Se llaman espíritus de la naturaleza, elementales, duendes, hadas, genios.

Los Devas o Angeles son los ministros de Dios, las inteligencias vivas, trabajando siempre por medio de las "leyes naturales". Son los agentes de la Mente Divina en su actividad incesante porque Dios hizo de los Angeles sus mensajeros, "ministros Suyos, para hacer Su placer" (Salmos CIII-22). Estos "Señores de la Pureza" gobier-

nan los mundos del espíritu y de la materia.

En las iglesias Cristianas se mencionan tres clases de Angeles, sub-divididas en nueve grupos:

- 1—Serafines, querubines, tronos.
- 2—Dominios, Virtudes y Potestades.
- 3—Principados, Arcángeles y ángeles.

Los Principados son los Angeles Guardianes de las Naciones y de los Estados. Los Angeles atienden especialmente lo que concierne al hombre.

Las religiones nos invitan a ver en el universo no una máquina muerta, un autómata ina-

nimado, funcionando mecánicamente de acuerdo con leyes físicas, químicas u otras; sino un organismo vivo, en el cual la acción química es el resultado de actividades vivas, — así como los procesos químicos de las células cerebrales son el resultado del ejercicio del pensamiento, — un organismo vivo, en el cual el Espíritu, como inteligencia, guía la materia, como naturaleza, hacia fines deliberadamente previstos y determinados. La religión nos presenta al hombre evolucionando entre todos los seres, superiores e inferiores a él, desarrollándose hacia más y más altos niveles, desenvolviendo

ocultas posibilidades, y adquiriendo infinitas potencialidades y capacidades. Es él un miembro de una familia inmensa, morando entre mayores y menores en evolución, los unos que lo ayudan y dirigen, los otros que necesitan su auxilio.

Es oportuno observar que el número 33 es común a las huestes angélicas de los diferentes credos. Con Zoroastro hay 30 más 3 grandes Espíritus; entre los Indúes 33 grandes Devas; entre los Gnósticos 30 Aeones-Raíces fuera de Cristo, el Espíritu Santo y el Supremo Padre, total 33.

(Seguirá)

El vampiro

= Poema de RUDYARD KIPLING, inspirado en el cuadro de Sir Philip Burne Jones. Versión y envío de Pío Bolaños. San José de Costa Rica, enero de 1936. =

Había un loco que pronunciaba sus plegarias—
(Lo mismo que Ud. y yo).
A un guiñapo, un esqueleto y una madeja de pelos—
(Lo que conocemos por mujer a quien no le importa algo o alguien)
Pero el loco la llamaba: mujer inmaculada—
(Lo mismo que Ud. y yo).
¡Oh! los años que disipamos y las lágrimas que vertimos
Y la labor de nuestra mente y manos,
Pertenece a la mujer que no sabe—
(Y hoy sabemos que ella nunca conoció).
Y no entendió—
Mas era un loco y sus bienes malgastó—
(Lo mismo que Ud. y yo).
Honor y fe y un noble intento—
(Y no era sólo eso lo menos que ella deseaba).
Pero el loco seguía su natural tendencia—
(Lo mismo que Ud. y yo).

¡Oh! y las inútiles faenas y los afanes frustrados,
Y los nobles designios proyectados,
(Pertenece a la mujer que ignora el por qué
Y ahora sabemos que nunca lo supo).
Y nunca comprendió—

Y el loco fué despojado de todo, hasta quedar en cueros—
(Lo mismo que Ud. y yo).
Que ella lo hubiera visto cuando lo despreció—
(Mas no se sabe que la mujer lo intentase).
Así, parte de él vive y la otra mayor, murió—
(Lo mismo que Ud. y yo).

Pero no es la ignominia y ni es el castigo
Que atormenta como el hierro candente que marca e infama.
Es el llegar a saber que ella nunca supo el por qué
(Viendo al final que ella nunca conoció por qué.
Y nunca pudo entender).

Tres poemas de Antonio Oliver Belmas

= Envío del autor. Cartagena, España. =

Elegía a Gabriel Miró (1930-1935)

Ténnos, Sigüenza, libres tus rutas,
las que trazaste.
Dinos, tu estirpe, dános tu estela
mediterráneas.

Abre de Aitana, Tárben y Calpe,
luces sin tasa.
De Cabo Palos, Bernia y Oleza,
tiempos y flores.

Tu Palestina, nuevo Evangelio,
venga a nosotros.
Tu voz sin nubes, torrente humano,
lléguenos hoy.

Sobre los aires vuelen vellones
de humo dormido;
rosas que asciendan de tu sereno
huerto de cruces.

Ya no te pierdes bajo las aguas,
Ifach celeste.
Porque en sus libros pasas cantando,
dios de los mares.

¡Oh, Maestro Nuestro, que vas creciendo
del hondo surco!
¿En qué comarca, no de este suelo,
fijan la planta?

¿Qué años y leguas, tras de tu muerte,
ahora recorres?

29 de mayo de 1935

Molino

Erguido estás, arcángel de ocho alas,
en medio de mi campo levantino.
Erguido frente a costas que en sus calas
de tierra te dan un aire puro y cristalino.

Con el día se encienden tus bengalas,
tus antorchas de faro campesino.
¡Oh, qué despiertas glorias nos propalas
en el ligero viento matutino!

Como hermanadas van tus ocho velas.
Yo hermano con la luz el alma mía.
¡Qué libre el blanco corro de tus telas
por espacios de sol y de poesía!

Ocho alas de arcángel, ocho rosas
abiertas a las nubes, frente al cielo.
Ocho velas de arcángel, ocho esposas
del agua que se guarda en el subsuelo.

24 de septiembre de 1935.

Hermana de color

Aunque un Nilo de luz resplandezca en tu
espalda.
Aunque los soles quemén tus arenas

y el huracán mueva tus pechos.
Aunque dos océanos bañen tus pies oscuros.
Aunque a tus muslos ciegos ciña el Ecuador,

Tú no eres tuya, Africa.
Nada te pertenece.
Nada es tuyo en tus límites.

Cómo te quiero, Africa,
mi dulce hermana de color.
Tus selvas, tus desiertos, tus hijos,
cómo me duelen de esclavitud.

Por ti levanto mi palabra,
mi rebeldía sideral,
mi rebeldía más alta que tus palmeras,
más alta aun que las Pirámides,
más alta que el Kilimanjaro.

Quítate, Africa, esos nombres ingleses,
y esos que te da Francia,
y esos belgas...
Ponte los tuyos por más bellos,
porque suenan mejor.

Venga de ti, esclava negra,
una canción que aguardo.
Otros seremos a cantarla,
muchos aspiraremos su perfume,
muchos en el mundo contigo,
porque tú tengas libertad.

2 de agosto de 1935.

¡Así hablaba Lope...!

Por JOAQUIN DE LUNA

— De La Nación.—Buenos Aires, Rep. Arg. Domingo 8 de Diciembre de 1935 —

El Fénix de los Ingenios ha renacido una vez más este verano de entre las cenizas de su envoltura corporal. Y de la iglesia de las Trinitarias a la plazuela de la Paja, el viejo Madrid ha sentido los pasos de Fray Lope Félix, que buscaba, sin duda, la reja de alguna de sus damas enamoradas, ya que los trapicheos y las cuitas y lances de amor resisten también a la acción demoledora del tiempo.

Volvió, pues, Lope de Vega a su Madrid de penas e ilusiones y, guiado de su natural curiosidad por saber de vidas ajenas, púsose a atisbar, escudriñar y descubrir el ánimo de sus compatriotas. Tendió la oreja nuestro poeta y hasta ella llegaron, distintos y precisos, los rumores de la urbe. Mas ¿qué acaece en mi buen Madrid, que tan soliviantados andan los espíritus? Tales ruidos me turban y acongojan, al punto de que no sé poner mano en mi pluma. Ningún rumor de espadas—¿cómo olvidar pudiera ese rumor!—ni de voces de caballeros atacados por rufianes, después del toque de la queda, cerca de las gradas de San Felipe. No son tampoco las imperiosas órdenes de los alguaciles de la Santa Hermandad; esas órdenes me las tuve por bien dadas en más de una ocasión y gracias a ello, después, pude dictarlas. ¿Serán acaso soldados, recién llegados a la capital, alegres por el zumo de Arganda y ávidos de recitar proezas y hechos de armas? No creo tal, que los gritos y gestos de esa gente de guerra me son familiares, que no en vano viví con ella y con ella luché, pené y padecí. Mas ¿qué dicen, justo cielo? El nombre de mi casquivano padre ha sido pronunciado, y con él el mio y ¡ay! el de tantas y tantas crueles que torturaron mi corazón.

De Lope, pues, se trata, y ese Lope es el de mi ánimo pecadora, ya que de la Vega Carpio he oído pronunciar distintamente. Pero ¡ahora caigo! esas fueron las voces que me conjuraron viniese durante el estío al Madrid en el que vi la luz por vez primera: los conozco, aunque no son iguales los acentos que en aquel su conjuro pusieran. Entre tanta y tanta voz, las hay de quienes parecen haber olvidado nuestra lengua y hablan como los soldados del rey de Francia, que nunca oí decir egipcianas por egipcias, ni otros términos que tienen un husmillo gálico de estirpe cierta. ¡Qué le hemos de hacer! Bachilleres habrá que pondrán orden y coto en tales desvarios del lenguaje; pues ninguna mente clara se expresa de manera turbia, así como el agua límpida de la sierra conviene beberla en el claro cristal. ¡Cómo! ¿Ningún ingenio de la pluma se levanta? ¡Qué tiempos son éstos, Señor Todopoderoso de los Cielos!

¡Ay! Ahora vislumbro que los que así maltratan mi heredad son precisamente gentes que llevan pluma y tintero a la cintura y una congoja de lágrimas bebidas ahoga mi pecho. ¿No veis, desgraciados, que los galanes y las damas, los hidalgos y los rufianes, los grandes señores y las mozas del partido, los chichuelos y las dueñas, los soldados y los clérigos, el pueblo, en fin, no os comprenderán, si continuáis vuestra jerigonza de orates en furor?

¿Queréis honrarme—decís—, a fuer de buen español que siempre fui y de la vena que guió mi espíritu hacia la lírica y hacia la farsa de los corrales, en donde la ficción divina

del arte forja la vida misma? Agradecido os estoy, que todo hombre es sensible a la lisonja; mas si, como decís, queréis honrarme, ¿qué mayor honor para mí que el de ver mi lengua defendida, conservada, como tesoro familiar guardado en viejas ollas? ¿Es que acaso también vosotros la olvidasteis? No puedo siquiera sospecharlo que lo que dió la madre siempre se guarda, y herejía fuera obrar de otra manera. Pujos de estudiantillo pedante me parece más bien vuestra manía, aunque no por ello el mal se me antoje menos peligroso y el pecado más venial, que no tal ¡viven los cielos! ¡Pecado y muy grande, mortal, de condenación y fuego eternos, es el de violar, uno y otro día—como villano a virginal doncella—, la lengua de sus mayores, que es nuestro bien y nuestra hacienda toda!

¿Por qué saltar, como un ladronzuelo, las tapias del huerto vecino, si tenéis en el vuestro tan sabrosos frutos? Los cacos fueron siempre despreciables e insensatos juntamente, ya que se afanan por tener lo ajeno, y haciendo así no cultivan lo propio. ¿No veis

que en vuestro jardín las rosas pierden su aroma?

Yo fui siempre amigo de las ciudades y de cuentos de dueña y de taberna; mas si perderéis en vuestra obra maldita de la destrucción de nuestra heredad, a fe de Lope os digo que al campo me voy, en este año de mi retorno a la capital de las Españas. Más de un cabrero encontraré en tierras de Avila que me recibirá dándome un ¡Dios os guarde! como aquellos con los que me saludaban los engendros de mi fantasía.

¡Y quizá sea mejor! Al campo me voy, pues, a platicar con mi buen pueblo avaro de su único tesoro—¿cuán rico y precioso!—; la lengua. Allí, lejos de vuestros mentideros—que nunca escucharon tanta mentira como en estos años de desgracia—, podré recordar mis tiempos mozos con gentes sencillas que llamen al pan, pan, y al vino, vino.

Muy de mañana, después de decir la santa misa, iré al romeral cercano, y entre zarzas y tomillos caminaré en compañía de alguna zagala que me haga olvidar con sus viejas consejas la mala impresión de vuestras ciudades.

¡Y quién sabe si el amor...! Mas ¡silencio! ¡Tanto desvarío me hace también desvariar!

París, noviembre de 1935.

El maestro que perdió su libro

Por LUIS SANTULLANO

— De El Sol, Madrid. —

El latino sabía lo que aconsejaba: "Time hominem unius libri". Y debemos temer al hombre con un solo libro, porque si no nos plegamos a su argumentación picuda, acabará tirándonoslo a la cabeza. El haz abierta y radiante que puede ser un libro se convierte en prensado bloque de afiladas aristas, capaz de abriarnos en la frente una brecha, como si las ideas fuesen algo material y penetrable por vía física.

Aunque suene a perogrullesca mentira, hubo un tiempo muy largo en que la Humanidad no sintió necesarios los libros para que revoloteasen en el aire las más bellas teorías que siglos después había de estabilizar y comentar la letra impresa. El divino verbo de los filósofos era más vigoroso y permanente que la misma escritura. Es oportuno recordarlo, pues la palabra, difundida por las misteriosas ondas sembradoras a voleo—E A J, vuelve a participar en la propagación de la cultura, ahora de modo extenso.

La hegemonía de Gutenberg, que hizo posibles las invasiones del pensamiento y la potencia universal del periodismo, había culminado en el siglo XVIII—que Ortega y Gasset llama certeramente "siglo educador"—, cuando en la misma retrasada España las obras de los enciclopedistas burlaban la frontera disfrazadas en el tejuelo con nombres de sacrosantos padres. Pero estaban cumplidas las profecías, y ya Schiller, quizá asentido por su amigo Goethe, acusaba al siglo de embadurnar demasiado papel. El agriado Forner, en tierra castellana, venía a coincidir en la censura: "Siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios..."

Pronto el XIX amparó la llegada de otra ilustración, la gráfica, nueva y activa azafata de la Idea. De ella viene el prodigio del cinematógrafo, que, unido a la "radio", libra ante nuestros ojos fuerte batalla con el libro. El éxito de las bibliotecas populares denuncia que la lucha ha de ser dura, y también que el pueblo tiene hambre espiritual atrasada. Habrán de pasar algunos años antes de que se produzca la concordia y el "cine" y la "radio", hoy parásitos del libro, hallen su contenido esencial.

Entre tanto, el hombre de libros, el intelectual, procura defenderse contra la acometividad de lo impreso. El fichero con sus fichas es el reducto del letrado ante las falanges de

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"

volúmenes, que avanzan una tras otra todavía. Para vencer, el intelectual se ha decidido a componer su libro personal, el libro de los libros múltiples, brevemente reseñados en lo que le interesa. Su limitación de las horas no consiente otro empeño, pudiendo ser éste excelente a condición de que las cédulas de apretada letra sean algo más que baraja alfabética de palabras dispuesta en una caja.

Ciertamente, hoy no podría ocurrir lo que al bueno de D. Pedro de Samaniego de la Serna, maestro del inquieto y desenfadado Torres Villarroel: "Acuérdome—cuenta éste en su "Vida"—que nos leía a mí y a otros dos colegiales por un libro castellano, y éste se le perdió una mañana viniendo a la escuela. Puso varios carteles ofreciendo buen hallazgo al que se lo volviese. El papel no pareció; con que nos quedamos sin arte y sin maestro, gastando la hora de la cátedra en conversación, chanzas y novedades inútiles y aun disparatadas". Así la gastan también hogaño algunos profesores que perdieron su libro, quizá en la misma ocasión de ganarse la prebenda "después de brillante y rañada oposición", según es sabido. La cátedra es entonces chabacana tertulia, donde, para hacer que se cumpla, su majestad el catedrático dice unas cuantas vulgaridades dentro o fuera del programa.

Con más frecuencia que en la enseñanza se da en política el caso del hombre que perdió su libro e ignora la doctrina. La segunda República, al aupar a medianías que nadie tomaba en cuenta, ha descubierto muchas de esas falsas amnesias doctrinales. Romanones pudiera seguir poniendo cátedra, ya que es

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

uno de los contados políticos españoles que supieron y saben de corrido su papel.

También el pueblo se sabe el suyo, aunque pasajeramente pierda la memoria. Y el pueblo quiere que el político, de derecha o de izquierda tenga su libro y se atenga a él sin vacilaciones, que no comprende siempre. Cuando hace un cuarto de siglo Canalejas decidió manifestar su antivaticianismo, las gentes desconfiadas tomaron de los tablados menores esta copla nada fina y exigente:

¿Quién es ése que presume
de cismático y ateo,
y cuando encuentra al obispo
no le sabe dar un féo?...

La opinión pública, más exigente que los escolares de antaño, acaba por evitar que la política, en el Gobierno y en las elecciones, se convierta en chanzas y novedades inútiles

vida europea, el "Corriere della Sera", verbigracia, cuando lo dirigían la capacidad administrativa y el gusto literario del senador Albertini, en quien fué virtud capital la singular perspicacia para ventear el rumbo de las ideas y para penetrar en el corazón de los sucesos y de los hombres. Su diario era un manjar intelectual, que devoraban con igual deleite los italianos y los extranjeros de buen gusto. Reflejaba la vida italiana con su movilidad fascinadora, su alto concepto de la belleza y su riqueza de expresión. Privado de su libertad, ese diario ha perdido toda su fuerza de opinión y muchos lectores en ambos mundos. No es menos melancólica la suerte del "Tageblatt" de Berlín, huérfano de la pluma penetrante y del estilo sabio y donoso de Teodoro Wolf, que guarda silencio entre las alternativas violentas del nuevo régimen de su patria, mientras recorre en su vivaz memoria los pasos de una experiencia política fracasada y doliente.

En otras latitudes menos probadas por la suerte y por las vicisitudes de la opinión común y de los principios se conservan por fortuna en regimenes de libertad competentes órganos de publicidad con las mismas cualidades que, antes de la guerra, hicieron de ellos obsequios diarios a la inteligencia. En la libertad de que goza el pueblo supercivilizado de Dinamarca florece todavía, como en sus mejores tiempos, "Politiken", animado por el grato recuerdo de los hermanos Brandes, cuya preciosa actividad intelectual engalanó durante medio siglo, las columnas de esa bella fábrica del pensamiento escandinavo. Todavía es el "Guardián" el soldado de las viejas libertades inglesas y desde sus observatorios de Manchester contempla la desolación de sus colegas un tanto maltrechos por no haber-

Comentario

En el aniversario 25 de la fundación de El Tiempo de Bogotá.
(Jueves 30 de enero de 1936)

Por B. SANIN CANO

= De El Tiempo.—Bogotá, Colombia. =

...Su característica más importante (1) consiste en ser el reflejo de una sociedad y expresarla en sus columnas así como se expresa una curva por medio de una ecuación algebraica. Para nosotros en eso finca o debe fincar **El Tiempo** sus méritos sobresalientes. Han logrado con estudio sin duda, pero con un tacto firme y preciso, sus directores hacer de esta hoja un periódico eminentemente colombiano. No creo que las páginas cuarta y quinta pudieran escribirse en otra capital de América o de Europa. Hay en ellas toda la esencia del espíritu colombiano, una benevolencia excesiva en ocasiones, morigerada otras veces por un grano de sal, entre líneas aparentemente laudatorias y aun lisonjeras; una gracia natural que se desliza sin insistencias y desflorando apenas las cuestiones, según parece, llega en ocasiones hasta el puro fondo de ellas, un sentido práctico y vivo de la realidad sin exageraciones ni rudezas chocantes, y sobre todo, para ser acabadamente colombiano, un sentimiento celoso de la libertad y de las libertades, una generosa disposición del ánimo para expresar lo que se siente, para aceptar la crítica y para ejercerla sobre los demás, hombres, clases, ideas, gobiernos, naciones, con soberana independencia. En Bogotá el diario es bueno, principalmente cuando los que lo hacen se acuerdan siempre de que lo escriben en Colombia y para

los colombianos. Porque es preciso no olvidar cómo, sin que los escritores y directores de un diario se den cuenta de ello, el pueblo todo colabora diaria y tenazmente, sin escribir una línea, en la redacción y aun en las transformaciones de los periódicos verdaderamente nacionales.

Tampoco se debe olvidar que el diario como el quetzal no prospera y se desenvuelve sino en los regimenes de libertad. Con qué dolor recordamos quienes tuvimos el placer de leerlo, lo que significaba en la

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

(1) La del diario.

se puesto, dentro de la libertad de que gozan, en el rumbo de los tiempos.

El Tiempo, nacido la víspera de las grandes transformaciones, refleja su época, interpreta la vida del pueblo colombiano educa las multitudes y admite a toda la nación a colaborar en la obra de cultura que

lleva entre manos. Es de su época y del futuro, y sin dejar de ser profundamente colombiano, está en las tradiciones de la vida y de la historia americanas, y llena un puesto digno de la cultura general de que forma parte.

El mal está, no en la forma de Gobierno, en las leyes, en los códigos, sino en los hombres, en su corazón, en su conciencia. El mal está en las tinieblas en que hasta hoy se ha visto envuelta la razón humana; está en el conocimiento imperfecto a que solamente ha podido llegar hasta ahora acerca del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto; está, en una palabra, en su ignorancia de aquella, digámoslo así, higiene moral, que es lo único que puede conservar vivas y sanas y florecientes las sociedades. Esta empezó por el gobierno de muchos. Alfieri dice *demasiados*; cansada de éstos, buscó el gobierno de uno solo. Cansada de nuevo, probó el gobierno de pocos, y luego, más desdichada que el primer día, volvió a renovar sus experiencias, persuadida siempre de haberse equivocado en la elección de la forma. Cada una de estas series tuvo sus hombres que la representaron, y a quienes importó siempre prolongar su duración. Pero por una ley fatal fueron ellos precisamente los que más hicieron siempre para apresurar su fin.

Los Tarquinos hicieron que se anhelase la República; Mario, Sila, Bruto, Casio, César, Pompeyo, hicieron que se anhelase la restauración del Imperio. Los patricios Ecio, Estilicón, Ricimero, Orestes, los emperadores de Rávena, hicieron aparecer soportables a Odoacro y Teodorico, jefes de Repúblicas — excepto en la guerra —, más de lo que generalmente se cree. Del caos del siglo X no se podía salir sino con las Repúblicas; al cabo de tres siglos cayeron por consunción propia más que al impulso de la fuerza exterior; se volvió al principado; y Génova, Luca, Venecia, que se mantuvieron Repúblicas, ¡qué vida tan triste arrastraron!

El último dux, el último día de la antigua reina del Adriático, se desazonaba en el Consejo ¡porque no se apresuraban bastante a votar su propia destrucción! «¡Pensemos, señores, que no estamos seguros de dormir en nuestra cama esta noche!» Este era el pensamiento que más preocupaba al dux Luis Manin el 12 de mayo de 1797.

¿Y por qué tantas caídas, por qué tantas ruinas? ¿Acaso por qué no se había sabido hallar la forma que hace libre y poderoso a un Gobierno? No! Sino porque no se había sabido formar corazones, conciencias, caracteres; porque, en una palabra, no se habían creado hombres.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

De la serie *La Novela Azul*, que publica LA EDITORIAL JUVENTUD, de Barcelona, hemos recibido estos títulos:

E. Rice Burroughs: *Tarzán y el hombre león*.

E. Rice Burroughs: *Tarzán triunfante*.

Zane Grey: *El hombre del bosque*.

James O. Curwood: *El bosque en llamas*.

James O. Curwood: *El honor del desierto blanco*.

Jesús de Aragón: *Cuarenta kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»*.

Louis Jacollito: *El crimen del molino de Usor*.

James O. Curwood: *Corazones de hielo*.

Emanuele Soy: *El hombre maldito*.

Manuel García de Comar: *Las azañas del indio Cororó*.

Como envío de la Universidad Central del Ecuador, Quito:

Isaac J. Barrera: *Los grandes maestros de la Literatura Universal*. Imprenta de la Universidad Central. Quito, 1935.

Cortesía de los autores:

Lautaro García: *Imaginerio de la infancia*. En las ediciones ERGILLA. Santiago de Chile, 1935.

Emilio Rodríguez Mendoza: *El libro de las fundaciones*. Editorial NASCIMENTO. Santiago de Chile, 1935.

Con el autor: Baquedano, 577. Santiago de Chile.

Ciro Alegría: *La serpiente de oro*. Editorial NASCIMENTO. Santiago de Chile, 1935.

Novela laureada en el concurso NASCIMENTO; premio discernido por la Sociedad de Escritores de Chile.

Con el autor: Santa Beatriz, 120. Providencia, Santiago de Chile.

Horacio Espinosa Altamirano: *Antorchas de rebelión*. México, D. F. 1936.

Roberto A. Ortelli: *Junto a los altos muros*. Buenos Aires, 1935.

Con el autor: Sarmiento, 1562. Buenos Aires, Rep. Argentina.

Francisco Monterde: *Amado Nervo*. México, 1933.

Sacaremos en este semanario esta conferencia, con que se conmemoró el décimo aniversario de la muerte de Amado Nervo en 1929.

Con el autor: Tuxpan, 91. México, D. F., México.

Otro folleto:

Rubén Darío, poeta clásico, por Roberto Meza Fuentes. Prensas de la Universidad de Chile, 1936.

Con el autor: Gutenberg 65, Santiago de Chile.

Como una de las publicaciones de The Institute of French Studies, Inc. (564 Philodophy Hall, Columbia University, New York, N. Y., U. S. A.):

A bibliography of articles in «Nosotros». General literary criticism. Exclusive of Hispanic American Literature. By Madeline W. Nichols and Lucia Burk Kinnaird.

Señalamos:

Alfonso Teja Zabre: *Historia de México*. Una moderna interpretación. México, 1935. Imp. de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Con el autor: Edison, 164. México D. F. México.

La Editorial NASCIMENTO, Santiago de Chile, ha comenzado una *Colección de clásicos*. Nos llega el N.º 1:

El Lazarillo de Tormes. Introducción y notas de Norberto Pinilla.

Con el Sr. Pinilla: Casilla 3375 Santiago de Chile.

De Alfredo Yépez Miranda:

La novela indigenista. Cuzco, 1935.

Tesis presentada en la Universidad del Cuzco para optar el grado de doctor en letras.

Lectura provechosa es la de *Mis recuerdos* del italiano Massimo d'Azeglio, escritor, estadista. ESPAÑA-CALPE (Madrid) los ha editado en 3 tomitos de la excelente «Colección Universal». Señalamos en la pág. 73 del tomo primero, esta página:

Desde hace siglos, la humanidad anda dando vueltas como un enfermo en el lecho del dolor. También ella busca alivio cambiando de lado, sin advertir que el mal no viene de la postura, sino que lo lleva dentro de sí misma, y que es necesario pensar y encontrar remedio para él. Y ¿qué mal es éste?

“¿A dónde va Indoamérica?”, por Haya de la...

(Viene de la página siguiente)

retoño del neologismo, aceptando que las voces griegas, latinizadas, serían de gran provecho para la lengua del Lacio, si ellas pudiesen llegar para expresiones nuevas que no encontraban un término propio. El castellano de América no puede ser el castellano de España y este mismo ya fué matizado con términos de cepa aborígen al tiempo de la conquista, cuando los castellanos arribaron a nuestras costas, trayéndonos su dulce cruz y su musical acento, sus espejos y sus abalorios y su preciosa arquitectura religiosa para que en esos módulos brillara el ascua de nuestro oro, el de Atahualpa... Haya recuerda que el castellano es lengua que merece especial estudio en Alemania, pero trata de su pobreza de términos científicos y expresiones técnicas. Y dice que “el nuevo mundo forja otros pueblos y va forjando otras lenguas”, sin perder de vista el caso de naciones de personalidad más acentuada en el Continente, como Argentina y México, en las cuales el castellano conserva menos pureza académica.

Haya de la Torre es un escritor de fuerza y de realidad. Se puede decir que gran parte de los escritores, cumplen fatalmente con una línea de su destino: son teorizantes. Plantean hermosos esquemas que hallarían esbel-

tez, mas propiamente se volverían concretos por obra y gracia del Ingeniero. A ellos les sucede lo mismo que a los poetas que forjan el paisaje de gloria para el descubrimiento de la pareja de otro día que no es, precisamente, la del cantor y su hipotética compañera. Mas, esta nueva generación de “creadores de la Nueva América” que dijera nuestro Benjamín Carrión, se anuncia con movimientos de certeza, y, lo que es más, poseyendo la facultad de pensadores, de meditadores, de orientadores, los hombres del Continente de hoy no se quedan como los de otrora en un punto de ponderación, inmovilidad, estancamiento. Al contrario, su impulso es el de quienes no ignoran los golpes oceánicos de la humanidad. Por lo mismo, bien se puede aguardar que entre los hombres de nuestra América se forme esa correspondencia que debería existir entre la teoría y la realidad, entre la gráfica expresión del postulado y su desarrollo humano y hasta entre la distancia que va, difícil para el aprecio de quien escribe y no acciona, distancia de tan sutil onda como la atmosférica y en otras ocasiones de kilómetro histórico o de milla tormentosa, entre el llamado programa y su visible cumplimiento.

UN LIBRO DE AMERICA

“¿A dónde va Indoamérica?”, por Haya de la Torre

Por AUGUSTO ARIAS

= Envío del autor.—Quito, Ecuador.—

Recibo, de la Editorial Ercilla, el último libro de Víctor Raúl Haya de la Torre, “¿A dónde va Indoamérica?” Haya de la Torre pertenece a esa categoría de intelectuales que no han tratado únicamente de forjar prosas líricas, sino que dedicaron lo mejor de su voluntad al planteamiento del interrogante de América, en un campo parecido al que contempló los fervores de Manuel Ugarte o Ingenieros, pero, casi lo diríamos sin temor, con premura y convencimiento mayores.

Por sus escritos, Haya de la Torre, podría ser considerado entre los constructores del ensayo de América, de aquel que buscó el verdadero latir de la entraña nuestra, después de su viaje por nuestra geografía, de su paseo por nuestra historia, sin olvidar tampoco nada del semblante de nuestras concepciones artísticas que se presentan con fisonomía propia, sin pedir nada al esmalte de otros climas, conservando la fuerza morena de su valor étnico.

Haya de la Torre, aparte de su bravo periplo de lucha, desapareciendo e irrumpiendo, perseguido y celebrado, nómada y consecuente en su actitud, en esa constante suerte de movilidad que ha sido descrita por Sánchez en su “Raúl Haya de la Torre o El Político”, es un escritor de fuerza entera y de revuelos tenaces en su pasión de América. Es un articulista a la moderna, vario y profundo a la vez, decidido, removedor. En su nombre arbóreo y vigilante se puede hasta encontrar un símbolo. Haya de la Torre. El ensayo es asimismo atisbo y florecimiento. Vigía y rama de fruto. En él la brújula se inmanita desde la torre de la observancia para medir los vientos de América y el tronco fuerte, resiste.

El escritor vibrante que hay en él, ensayista en el sentido de la interpretación y del interrogante, pero también de la respuesta, ha sido en esta vez, si no antologizado, compilado más bien en el tomo que nos ofrece la múltiple Biblioteca Ercilla. Haya de la Torre escribe una pregunta titular que ha de resolverla en los capítulos prontos y agudos de los cuales se compone el libro, dividido en justas secciones que corresponden a sus cartas públicas, a sus artículos escritos bajo el diapason del tiempo para entregarlos a la vivacidad del diarismo; a sus notas subtituladas de polémica; a sus frecuentes intervenciones en la política del continente; a sus certeras y valientes incursiones en el campo de la cultura... Y está bien dividido ese capitulario en el que se ha de apreciar, además, como en los libros que no obedecieran a un empeño recopilador, una entrañable unidad que en este caso es la voluntad de América, buscada, quizá, en el porvenir de su liberación.

Después del prólogo explicativo suscrito por Cox, Mosto, Lope Aliaga, Sánchez y Vásquez, aparecen los renglones autobiográficos trazados por Haya a propósito de una carta que dirigiera a la gran revista de Zamora, “Claridad”, el prometeico Guillén, viajero



Víctor Raúl Haya de la Torre

ahora por trechos lejanos, el de la voz truncada en el amanecimiento de su canto criollo... Y el breve propósito alusivo de sabor personal, nos volverá a encontrar en las páginas de Haya, pues que ellas no son el simple tránsito de un espectador, sino que se bañan de la remembranza, de algo más, del recuerdo presente de quien hubo de subrayar, con sus escritos, la constancia de sus acciones.

En “La cuestión del nombre”, Haya de la Torre analiza el prurito nominal que ha distinguido casi siempre a la mayor parte de las campañas hispano, o latino o indoamericana. Y si el nombre, el sustantivo, la sustancia, es de veras esencial, no lo es menos, pensamos, el verbo, la acción. Al contrario. En esas conjugaciones reside o debe residir lo mejor de la obra. El latinoamericanismo le parece, por ejemplo, una expresión renacentista y en esta discusión que casi no lo parece por su tono amical, encontramos sin sorpresa, que vale más el pensamiento que los nombres.

Otro aspecto de su lucha polémica es el que se refiere a la formación de un frente contra el imperialismo. Allí están algunas de las páginas más urgidas de Haya y su copiosa intervención epistolar. Observa los peligros del coloniaje, el que también puede ofrecer señaladas ventajas, pero para sus afirmaciones, tiene especial significación una parte de la conciencia de América que pudiera ser víctima de los engaños dorados y la pugna de intereses. Allí se alza, evocada en una misiva a García Monge, la figura del salvadoreño Alberto Masferrer, el que también quiso ser salvador, hombre de la angustia fértil, de la receta piadosa del minimum vital, “inmaculado” según Haya.

Y fluyen otros capítulos acerca del panamericanismo y la doctrina Monroe y la extensión, en nuestra América, de los fenómenos de la post-guerra.

En “Política, Economía y Revolución”, alcanza el escritor peruano los mejores puntos de vista para su afán americanista. Cree en la técnica, pero en la técnica propia, en una técnica silenciosa y fructífera que no se contraiga a la pueril aplicación de esfuerzos universales para medios locales... Así su tendencia revolucionaria tiende al mañana constructivo, rehabilitando el sentido del término que no se debe confundir con el anarquizante y alborotado síntoma de la esperanza inexperta.

Indoamérica y Europa. Está frente a nuestro continente, es otro de los temas fértiles de Haya de la Torre. Román Rolland ha comprendido a nuestro Continente y como él, pocos. Pero en cambio hay muchos que lo han tomado, como motivo de simpatía literalizante o lo han desestimado, pese a su lirismo a veces hasta de un elogio sostenido en un paternal occidentalismo. El viajero es el que ahora explica y comenta. Asimismo los indoamericanos en Europa no cumplen bien con su misión. Haya de la Torre ha observado que ni el norteamericano se europeiza ni el japonés se desjaponiza. Nuestros estudiantes, en cambio, aprenden el idioma en “la escuela del amor”, a trueque de volverse desdeñosos para lo nuestro. Y lo que hace falta es, precisamente, crítica, pero no desdén, trabajo, pero no desplantamiento. Ciertamente que no hemos de llevar a ponderación peligrosa y a entusiasmo precóz, nuestra valía de América y aun cuando todavía pueda mantenerse, con limitaciones, la afirmación de Bryce que de la Torre cita: “aun no tenemos ni filósofos ni poetas merecedores de traducirse”, hemos de convenir en que la flor literaria de ahora es viril, en el Continente indio, y que al lado de los defectos están los prejuicios, si no de una perfección al modo de los clásicos, de una reverdecidora autoctonía, documento y prueba, camino que puede ser llegada.

Hojas más adelante, se refiere Haya de la Torre a los “barrios latinos” y cita el caso de un indoamericano, lastimosamente europeizado o en trance de invertir, por novelaría o petulancia, los valores propios que ya tienen, de sí mismos, su fuerza. Estudiantes que se desenraizan o, añadimos, representantes, a veces, de nuestras patrias, que toman en serio la elevación por desplantamiento. Indios desdeñosos de lo indio a condición de vivir de los Gobiernos indoamericanos.

Para el porvenir del idioma castellano en América se traza Haya interesantes consideraciones. No es un partidario del purismo académico y en eso está con los espíritus avanzados de todos los tiempos. El mismo Horacio, preceptor galano y sonriente en su Epístola a los Pisones, llamada después Arte Poética, declaró que para el remozamiento de los idiomas, había de desearse y pedirse el

(Pasa a la página anterior)